

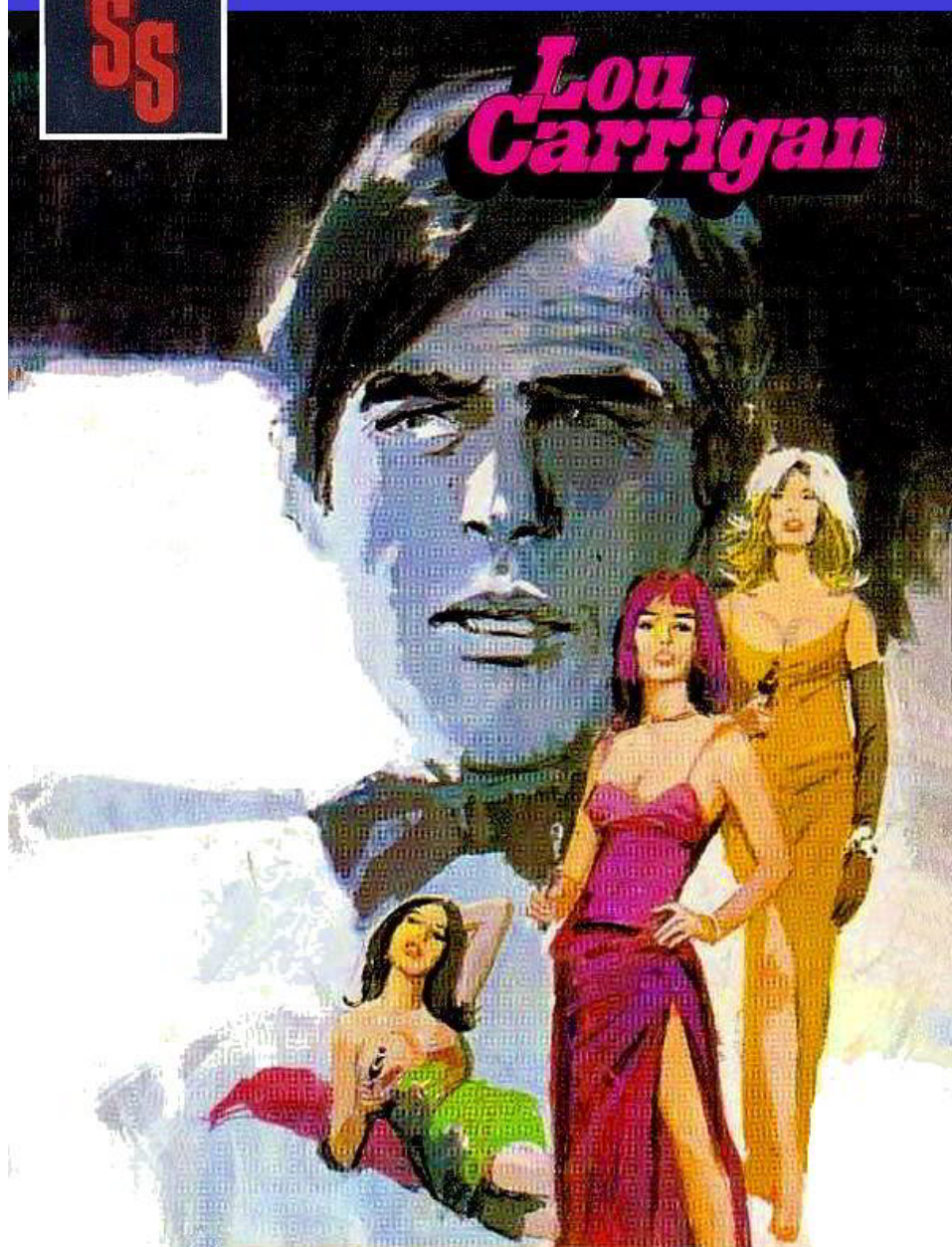
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

LAS DAMAS DEL «LOVING CLUB»

*Lou
Carrigan*



Alexander Jaffa dedicó unos segundos a mirar con toda atención a la señorita Potters. ¿Por qué negarlo? Ésta era una chica preciosa, de brillantes cabellos rojos, ojos verdes, boca roja y besucona, al parecer, y tenía un cuerpo que dejaba en ridículo a cualquier estatua de esas griegas de pretendida belleza. En resumen, la señorita Loretta Potters era lo que en términos vulgares se llama un bombonazo de los que entran dos en docena. Y, colmo de colmos, era joven, deportiva, olía a salud y a frescor, y, por último, sólo con verla inspiraba deseos de vivir.

En cambio, Alexander Jaffa tenía casi sesenta años, parecía que tenía ochenta, y, por si esto fuera poco, tenía que permanecer la mayor parte del día en aquella maldita silla de ruedas con mandos electrónicos. Era como un coche, con marcha atrás, adelante en tres velocidades, tenía radios, frenos de discos, maniobrabilidad pasmosa... Pero era una silla de ruedas. Y en cierto modo, le sentaba bien a Alexander Jaffa, que era un tipo... desagradable, para expresarlo en términos suaves.



Lou Carrigan

Las damas del «Loving Club»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1624

ePub r1.0

Lds 11.02.19

Título original: *Las damas del «Loving Club»*

Lou Carrigan, 1981

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



SEÑORITAS DE COMPAÑÍA

La situación era la siguiente:

Agatha Jaffa se había casado con Delbert Koster, el cual era uno de los hombres de máxima confianza de Alexander Jaffa, padre de la bella Agatha. Naturalmente, la boda había merecido los plácemes del todopoderoso Alexander Jaffa, pues a fin de cuentas, su querida hijita se había casado con el muy granuja, canalla, sinvergüenza, astuto y repelente Delbert Koster, que, en cuanto a criminal, tenía lo que suele llamarse un «brillante porvenir». En la boda, Alexander Jaffa había tirado la casa por la ventana en la fiesta nupcial. Luego, les había regalado a la feliz pareja un sensacional coche, les había metido en los bolsillos cincuenta mil dólares, y les había dicho:

—Hijos míos, el mundo es vuestro: ¡divertíos mucho!

Con aquél estupendo coche, con cincuenta mil dólares en el bolsillo, con un equipaje digno de unos reyes en viaje alrededor del mundo, y con las bendiciones del nunca bastante maldecido Alexander Jaffa, la joven pareja habían partido hacia donde les esperaba el yate de papá, con el cual, en efecto, se proponían dar la vuelta al mundo mientras disfrutaban de su luna de miel.

El panorama era, pues, perfecto, formidable, envidiable, maravilloso.

Sin embargo, había surgido un contratiempo en el trayecto.

Un... «pequeño» contratiempo.

He aquí que mientras la feliz parejita se dirigía en el formidable cochazo hacia donde les esperaba el yate, había aparecido una furgoneta, cruzándose en su camino. Frenazos, gritos, voces destempladas, un novio irritado... Y de pronto, ¡cosa extraña...!, el novio cae desvanecido al suelo, y la novia ni siquiera tiene tiempo de salir del coche. Se nota mareada, pone una mano en el cierre de

la portezuela..., y eso es todo.

Finalmente, no sabían cuánto tiempo había transcurrido, los dos habían despertado, recuperándose de los efectos del gas narcótico. Y entonces, tras mirarse, comprobaron que la situación era extraña, y, sobre todo, inquietante. Estaban en un lugar desconocido, de paredes despintadas, y al que daba la luz una sola bombilla que pendía del techo por medio de un hilo sucio. Los habían colocado en sendas sillas, con los pies atados a las patas y las manos atadas tras el respaldo. Por poco listos que fuesen Agatha Jaffa y su flamante marido tenían que comprender que estaban prisioneros.

Más exactamente dicho: secuestrados.

Raptados.

¿Por quién?

Bueno, habían varias personas allí, en aquel lugar, mirándolos fijamente. Dos de esas personas ya las conocían. Eran los dos tipos de la furgoneta causante del «accidente». Dos hombres normales y corrientes, con cara quizá un tanto granujienta, es decir, de golfos y delincuentes. Pero estos dos hombres no parecían importantes, ni siquiera inquietantes.

Así que se dedicaron a estudiar a las otras tres personas presentes en la... reunión.

Dos de esas personas eran un par de mujeres de buen aspecto y rostro inexpresivo. Debían tener algo menos de cuarenta años, y estaban de buen ver: vestían bien, sus rostros eran atractivos, sus cuerpos todavía sugestivos, sus carnes relucían prietas y bien cuidadas, olían a perfume caro... En general, su aspecto era el propio de una persona que debe sentirse satisfecha de la vida. Pero no. No padecían satisfecas de la vida. Había en sus ojos una frialdad tan grande, una tal cantidad de odio, que los flamantes desposados se estremecieron.

Luego, quizá intentando alejar de su mente la impresión que les habían producido las dos bellas cuarentonas, se volvieron a mirar a la última persona de la reunión.

Resultaba entre gracioso, grotesco y desconcertante.

Era una enana.

Una mujer enana, de no más de metro veinte, con la cabeza muy gorda, peinada con unos bucles infantiles y vestida como si fuese una niñita primorosa. Sólo que, con una simple mirada a aquel

grotesco rostro femenino, cualquiera tenía que comprender que había cumplido ya los cuarenta añitos.

Así pues, lo que podía haber resultado una niñita graciosa, resultaba una enana siniestra, de ojos pequeños, que miraban de uno a otro de los prisioneros, vivamente, con unos destellos de color amarillento en sus pupilas.

Era una situación extraña, inquietante e irritante.

Así que, por fin, Delber Koster, masculló:

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes?

Los dos hombres no dijeron nada; fue como si no le hubiesen oído. La mujer enana de los bucles de niña encantadora dio un par de saltos hacia atrás, con lo que demostró ser una acróbata de aceptable categoría. Las dos mujeres de buen ver y perfume caro, se miraron, y luego volvieron a mirar sus prisioneros.

—Yo —dijo una de ellas— soy Dorothy Fekker, y ella es mi amiga y compañera de largo infortunio Hazel Shelman. ¿Han oído hablar de nosotras?

—No —se desconcertó Delbert Koster—. No, no.

—En ese caso, menos aún habrán oído hablar de nuestros colaboradores Britton y Amberson —señaló a los dos hombres.

—No... Tampoco...

—¿Y de Ophelia? —señaló a la enana de los bucles—. ¿Han oído hablar de Ophelia?

—No, no... No.

—Sí, es comprensible que no sepan nada de nosotras. Pero nosotras sí sabemos algunas cosas de ustedes. Por ejemplo —señaló a Agatha Jaffa—, que ella es la hija única de Alexander Jaffa, y que usted —señaló Dorothy a Koster— es Delbert Koster, el reciente yerno de Alexander Jaffa... ¿Correcto?

—Sí... Sí, desde luego.

—Bueno —dijo apacible Dorothy Fekker—. Pues a eso le llamo yo tener mala suerte, señor Koster.

Delbert Koster se pasó la lengua por los labios.

—Mire, señora... señora Fekker, nosotros no... no comprendemos muy bien todo esto... Seguramente, se traía de un error que...

—No. No hay error posible. Llevamos mucho tiempo esperando este momento... Y cuando se espera tan ansiosamente un momento

determinado, el margen de error es realmente pequeño. Tan pequeño que, en esta ocasión, no ha existido.

—Mire, no comprendo lo que usted...

—¿Le gustan a usted las señoritas de compañía, señor Koster?

—¿Qué...?

—Sí... Sí, sí, me ha entendido... Yo llamo señoritas de compañía a esas chicas que, por... determinadas circunstancias, se dedican a acompañar a los hombres, digamos para... alegrarles la soledad, o satisfacer determinados deseos... ¿Me comprende?

—No sé...

—Yo creo que sí me comprende. Por ejemplo: usted tiene ganas de... conversar con una chica más o menos joven y bonita, pero no conoce a ninguna... ¿Qué hace entonces? Pues muy sencillo: llama a un número de teléfono, y dice que se siente solo y que quiere distraerse...

Le dicen que no hay problema, le dan una dirección, usted se presenta allá con unos cuantos billetes, y... problema resuelto. Como ha pagado, tiene derecho a todo. A *todo*... ¿Comprende ahora por fin?

—Bueno... Sí, quizá, pero...

—Nosotras, señor Koster, estamos jugando ahora a las «señoritas de compañía». Nos hemos creado una situación determinada, más o menos problemática: la de que usted es un señor con mucho dinero que ha llamado por teléfono y ha dicho que necesita una chica joven y bonita. Y nos vemos en el compromiso de complacerle.

—Pe... pero yo... yo no he llamado, ni he... pedido... ninguna compañía... Acabo de casarme...

—¿Qué importa eso? Para nosotros, usted es un... cliente que ha llamado a nuestro número de teléfono: ¡Halló, necesito una chica joven y guapa! No importa lo que cueste...

—¡Pero eso no es cierto!

—Para nosotras, sí. Ya le digo que consideramos que usted nos ha llamado y que ha pedido una chica. Y, señor Koster, no podemos defraudarle, ¿verdad? Así que va a tener usted una compañía femenina para alegrarle la vida... Y, pásmese usted, ¡gratis!

—Pero...

—¿Y sabe quién es esa chica que ponemos a su disposición? Permítame presentársela —señaló a la enana—; se llama Ophelia, y

está deseando ser complaciente con usted... ¿Verdad, Ophelia?

La enana sonrió, primero; luego dio un par de sorprendentes y agilísimos saltos hacia atrás, y terminó su ruta aérea cayendo sobre sus piecitos, de modo impecable, delante de Delbert Koster, al que miró con radiante sonrisa. Era en verdad, grotesca, extraña, impresionante... y repelente.

—Claro está —prosiguió Dorothy Fekker—, su joven esposa podría tener celos de Ophelia, pero haremos las cosas de modo que no los tenga. Por ejemplo, señora Koster —miró ahora Dorothy a la recién desposada Agatha Jaffa—, a usted le molestaría mucho que Ophelia besase a su marido, ¿verdad?

Agatha Jaffa tragó saliva, y movió afirmativamente la cabera.

—Sí —susurró—. Sí, sí...

—Pues no vamos a hacer nada de eso, no, señora... No somos tan perversas que queramos amargar la luna de miel de una jovencita tan linda como usted. Así que Ophelia no va a besar a su marido... Pero..., ¿qué puede hacer Ophelia, entonces, puesto que ha sido... contratada para hacer feliz a un hombre? A mí no se me ocurre... ¿Se te ocurre algo a ti, Ophelia, querida?

—Oh, sí —dijo con aguda vocecita la enana Ophelia—. ¡Sí, sí, sí, se me ocurre algo!

—Maravilloso, querida. ¿Quieres tener la amabilidad de hacer lo que se te ha ocurrido en honor del señor Koster?

—¡Sí, sí, sí...!

La enana miró a Delbert Koster, sonrió, y se pasó una manita por los bucles. Luego, de un salto, se sentó en las rodillas del prisionero, que respingó.

—¡Qué guapo es! —dijo.

—Sí —dijo la hasta entonces Hazel Shelman—, es muy guapo, querida Ophelia. Espero, por tanto, que lo trates muy bien, como corresponde a una auténtica y complaciente señorita de compañía.

—Oh, sí, Hazel, lo voy a hacer... ¡Voy a ser muy cariñosa y complaciente!

La enana Ophelia alzó sus cortos y extraños bracitos, rodeó con ellos el cuello de Delbert Koster, y se apretó contra él. Parecía que el canallita Koster tuviese en sus rodillas una muñeca de plástico. Una sensacional muñequita que comenzó a besarlo, a reír, a darle tironcitos de las orejas...

Y de pronto, un cuchillo de más de un palmo de longitud apareció en una mano de la enana Ophelia. Un cuchillo enorme, reluciente, afiladísimo.

Un cuchillo que, con seco y preciso golpe, la enana Ophelia hundió hasta el mango en la garganta de Delbert Koster.

De esto se desprenden dos conclusiones.

Una: quien mal anda, mal acaba.

Dos: es mejor no tener tratos con «señoritas de compañía».

CAPÍTULO PRIMERO

—En definitiva, señorita Potters —dijo Alexander Jaffa—: su compañía empieza a resultarme ya un tanto fastidiosa.

—Pero, señor Jaffa —replicó melosamente Loretta Potters—, ¡hicimos un trato!

—Ya lo sé, pero estoy harto de esto. Mire, lleva usted varios días viniendo a mi casa, haciéndome preguntas sin parar, interesándose por todo... Le he contestado hasta donde he podido, y creo que va llegando el momento de que esta entrevista por capítulos termine de una vez.

—¿Debo entender que me está echando usted de su casa, señor Jaffa?

Alexander Jaffa dedicó unos segundos a mirar con toda atención a la señorita Potters. ¿Por qué negarlo? Ésta era una chica preciosa, de brillantes cabellos rojos, ojos verdes, boca roja y besucona, al parecer, y tenía un cuerpo que dejaba en ridículo a cualquier estatua de esas griegas de pretendida belleza. En resumen, la señorita Loretta Potters era lo que en términos vulgares se llama un bombonazo de los que entran dos en docena. Y, colmo de colmos, era joven, deportiva, olía a salud y a frescor, y, por último, sólo con verla inspiraba deseos de vivir.

En cambio, Alexander Jaffa tenía casi sesenta años, parecía que tenía ochenta, y, por si esto fuera poco, tenía que permanecer la mayor parte del día en aquella maldita silla de ruedas con mandos electrónicos. Era como un coche, con marcha atrás, adelante en tres velocidades, tenía radios, frenos de discos, maniobrabilidad pasmosa... Pero era una silla de ruedas. Y en cierto modo, le sentaba bien a Alexander Jaffa, que era un tipo... desagradable, para expresarlo en términos suaves.

Su cara era fea de verdad. Tenía las cejas muy juntas, la boca grande y como... Sí, como la de una rana cuyos labios hubiesen quedado blandos. Los ojos, en cambio, eran muy pequeños, muy juntos, muy simiescos. Si esta posibilidad biológica existiese, se podría decir que Alexander Jaffa era fruto del cruce de una rana y de una mona. O, quizá, de un sapo y un chimpancé. Algo así. O sea, y resumiendo: un tipo de lo más asqueroso.

—Pues, no es que la esté echando, así como usted lo dice, de un modo tan crudo... Es, simplemente, que considero que ya he sido lo suficientemente amable con usted y con las lectoras de su revista.

—Yo creo que con un par de entrevistas más...

—¿Para qué más? Usted vino aquí hace días, sobornó a mis criados con su sonrisa de chica maravillosa, y no sé cómo se colocó ante mí con ese bloc y su bolígrafo. Durante estos días, le he dicho cosas que nunca antes había dicho a nadie sobre mi vida y mis negocios. ¿No le parece suficiente?

—Me ha dicho mucho, señor Jaffa, y en nombre de las lectoras de la *Review*

Women's

le doy las más expresivas gracias. No es frecuente poder leer la biografía de un *gánster* tan famoso como usted.

Alexander Jaffa frunció el ceño, y un destello como de fuego pasó por sus ojos de mico con vestigios de batracio.

—Buenas noches, señorita Potters —susurró.

—¿No le ha gustado que le llame *gánster*? —sonrió deliciosamente Loretta Potters.

—Ha sido un golpe bajo que no esperaba de usted, la verdad. Cuando llegó el primer día me llamó «gran financiero».

—Oh, pero, señor Jaffa, todos sabemos que usted es, en realidad, un *gánster* de altos vuelos... ¿No es así?

—Usted es la personificación del desagrado, señorita Potters. Adiós.

—Pero es que me gustaría dedicar un par de días a hacerle preguntas sobre sus negocios sucios, señor Jaffa. Me refiero a esos negocios que ni siquiera el FBI ha podido localizar. Aunque yo hablase de ellos en mi revista..., ¿qué importaría? Lo que hacen falta son pruebas, y usted no va a facilitármelas, ¿verdad? Sólo dígame unas pocas palabras sobre esas porquerías con las que gana

tanto dinero...

—Adiós, señorita Potters —insistió, ya secamente, Alexander Jaffa.

—No está usted muy amable hoy, la verdad.

—Y usted es de una terquedad asombrosa. ¿No se da cuenta de que soy un pobre inválido que necesita descansar?

Loretta Potters se puso en pie rápidamente, con lo que Alexander Jaffa dejó de presenciar el encantador espectáculo de sus rodillitas; espectáculo que, por otra parte, no parecía haberle interesado demasiado en ningún momento.

—Ha tocado usted mis fibras más sensibles —dijo—. Buenas tardes, señor Jaffa. Hasta mañana.

—Le sugiero que no se moleste.

—¿Quiere decir que mañana no me recibirá?

Jaffa apretó los labios, lo cual fue una hazaña, Loretta Potters sonrió, cerró su bloc, recogió su bolsito, y, tras un gracioso saludo agitando los deditos, se dirigió hacia la salida del salón...

En ese momento sonó el teléfono, y Loretta se volvió.

—¿Quiere que conteste yo? —se ofreció solícita.

—Muchas gracias, pero no. Wilbur atenderá la llamada en el vestíbulo. Y si esta llamada quisiera atenderla yo, puedo desplazarme. ¿Ve...? Ya no suena: Wilbur está contestando. Adiós.

En efecto, el teléfono había dejado de sonar, así que Loretta reanudó su marcha hacia la puerta. No tuvo que abrirla, pues la abrieron desde el otro lado. Era Wilbur, el mayordomo de Jaffa, que miró a su patrón inexpresivamente.

—La llamada es para usted, señor.

—Gracias —masculló Jaffa—. Acompaña a la señorita Potters hasta la puerta.

Alexander Jaffa apretó uno de los botoncitos de la silla de ruedas, y ésta se puso en marcha con suave zumbido de su pequeño motor eléctrico. El casi inválido llegó junto a la mesita donde estaba el teléfono, y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿...?

—Sí, soy Jaffa. ¿Quién es usted?

—¿...?

En la puerta del salón, Wilbur y Loretta se dieron cuenta

perfectamente de la súbita e intensa palidez que inundó el rostro del «gran financiero».

—¿Qué dice? —jadeó—. ¿Es una broma?

—¿...?

—¡Escuche...!

Se sobresaltó, miró el auricular, y luego pulsó varias veces la horquilla. Luego, tras mirar el auricular, lo colocó en su sitio. Estaba en verdad pálido, demudado. Miró a Wilbur y Loretta, pero durante unos segundos no pareció verlos... De pronto, lanzó un alarido.

—¡Dile a Penbroke que venga! —chilló.

—Sí, señor —respingó Wilbur.

—¡Y saca de la casa a esta mujer de una maldita vez!

—Sí, señor, sí... Señorita Potters...

Loretta parpadeó, vaciló..., y acabó por salir del salón.

No necesitó que Wilbur «la sacase» de la casa, pues casi corrió hacia la puerta, y desapareció antes de que el mayordomo tuviese siquiera necesidad de invitarla a salir. Así pues, cumplida parte de su misión, Wilbur fue hacia la cocina.

Allí, comiendo como una bestia, estaba el llamado Penbroke, cuya catadura podría ser catalogada hasta por un niño: era un matón... Con él, además del servicio de la casa, había dos tipos más, de características similares, llamados Colman y Stillman. Al ver aparecer a Wilbur sonrieron, y Penbroke dijo:

—La hija del jefe tendría que casarse cada día, ¿eh, tú? Ha sido un banquete de lo más eructable...

—El señor Jaffa quiere verlo —cortó secamente Wilbur—. Le espera en el salón.

—¿Ya se han ido todos los invitados?

—Hace rato de eso. Incluso se ha marchado la señorita Potters, la periodista que viene a verlo hace días. El señor Jaffa le está esperando... ahora.

Penbroke asintió, se limpió las manos, y salió de la cocina. Poco después, entraba en el salón. Y en seguida se dio cuenta de la palidez de su jefe, que no le dio tiempo a hablar.

—¡Penbroke! —chilló—. ¡Toma el coche y ve con los muchachos al yate, a ver si mi hija y Delbert están allí!

—Claro que estarán, señor Jaffa. Aunque quizá ya hayan

zarpado... —contestó sorprendido Penbroke.

—¡Haz lo que te digo!

—Sí, señor... ¿Ocurre algo, señor Jaffa?

Alexander abrió su boca, con gesto de furia..., pero la cerró de pronto, blandamente. Sus labios apenas se movieron cuando murmuró:

—Acaban de llamarme por teléfono para decirme que tienen a Delbert y a Agatha.

—¿Qué dice? —Se asomó Penbroke.

—¡Que han secuestrado a mi hija y a Delbert, y me piden tres millones de dólares de rescate!

Penbroke habría caído de espaldas si le hubiesen empujado tan sólo con un dedo.

—Tres... tres mill... millones de... de dólares... ¡Hay que avisar al FBI inmediatamente!

Alexander Jaffa quedó un instante atónito. Luego, se congestionó.

—Eres un hombre de ideas brillantes, ¿eh? —rugió—. ¡Imbécil, más que imbécil, mil veces imbécil! ¡Ve a hacer lo que te he dicho! ¡Y si mi hija está allí quédate con ella hasta recibir nuevas instrucciones! ¡Y llévate a Stillman y Colman!

—Sí... Sí, señor, sí...

—¿Qué estás esperando?

Penbroke salió de allí como un rayo.

CAPÍTULO II

Loretta Potters tenía prisa, muchísima prisa... Tantísima prisa que había conducido su coche desde la quinta de Jaffa hasta los apartamentos Moravian, donde estaba alojada, a una velocidad en verdad digna de sanción. Pero, evidentemente, aquél no era el día de multas de Loretta, así que llegó hasta la rampa del edificio Moravian sin el menor contratiempo.

Fue entonces, al llegar, cuando tuvo el contratiempo...

Tenía tantísima prisa que, pese a saber perfectamente que el coche que llegaba por la derecha para enfilarse en la rampa tenía derecho a pasar en primer lugar, apretó el acelerador, dispuesta a anticiparse y llegar antes al estacionamiento subterráneo.

Mala suerte. El otro conductor debió considerar, sin duda, que la cosa estaba bien clara, y, con toda lógica y tranquilidad, siguió hacia la rampa, dispuesto a acceder a ella en primer lugar.

Consecuencia inevitable: ruido de chapa metálica arrugada, un par de frenazos, dos faros rotos..., y dos coches que se quedaron, besándose, en la entrada al estacionamiento del edificio. Loretta tuvo una reacción muy femenina: se llevó las manos a la cara, y exclamó, por entre los dedos:

—¡Santo cielo!

Luego, miró hacia el otro coche, del cual estaba empezando a salir una porción de hombre. Lo primero que vio Loretta fue un par de piernas tan largas que muy bien se podían haber utilizado para construir el puente de Brooklyn, por ejemplo. Luego, vio una cabeza en verdad extraordinaria, considerando los tiempos que corrían: en lugar de unos cabellos más o menos largos y cuidaditos, aquel hombre llevaba el peinado llamado «de cepillo». Y bien que podían ser utilizados como cepillo aquellos cabellos cortos, tiesos, que

parecían fuertes como alambres. Bajo esos cabellos, el rostro más impresionante que Loretta había visto jamás. Una frente que parecía un muro, ojos alargados, estrechos, de una negrura amedrentadora. La barbilla parecía una piedra incrustada en aquellas facciones sólidas como granito, en las cuales la boca era como un hachazo. Pero la nariz... Ah, la nariz era lo más sensacional de todo: parecía un montón de chicle al que se le hubiese dado una forma más o menos parecida a un apéndice nasal corriente.

Así que, como era más bien listilla, Loretta Potters llegó con velocidad meteórica a una conclusión: un boxeador.

Sí, señor, un boxeador de casi metro noventa, con los hombros más anchos que una pared de frontón, y que en aquellos momentos se dirigía hacia ella, hacia su coche, balanceando unas manazas grandes como raquetas de tenis.

—Santo Dios —gimió ahora Loretta.

El hombre de la nariz como un pegote de chicle llegó junto a su ventanilla, se inclinó, la miró con infantil curiosidad, y luego pidió, amablemente:

—¿Me permite ver su permiso de conducir, señorita?

—Oh, sí... Sí, sí...

Lo sacó de su bolsito, y lo tendió al hombre, que sostuvo el certificado con dos dedos, como si temiera ensuciarse, mientras la expresión de su rostro alcanzaba el máximo grado de sorpresa.

—¡Atiza! —exclamó—. ¡Pues lo tiene! Felicidades, señorita... señorita —miró el nombre en el certificado—. Señorita Potters. ¿Le tocó en una rifa?

—Escuche, señor, ya sé que la culpa es mía... ¡Pero tengo mucha prisa!

—De todos modos, podrá dedicarme unos segundos, espero.

—Mire, estoy en este edificio. —Loretta salió del coche—. Pregunte luego por mí, y le daré los datos de mi seguro, para que...

—¿De modo que somos vecinos? ¿No es maravilloso? Precisamente, venía a instalarme en los Moravian... Sí, señor. Hace unos días terminé mi contrato con el sinvergüenza de Bobby, y le dije: «Bobby: ya está bien, se terminó recibir bofetadas, así que me largo; ya he ganado bastante dinero, y no tengo otra cara para echar a perder, de modo que a partir de ahora...».

—Señor... Señor, por favor, le aseguro que tengo muchísima

prisa... Si fuese tan amable de apartar su coche, yo entraría en el estacionamiento, y más tarde le atendería con muchísimo gusto... Por favor.

—Está bien. ¿Es usted inglesa, quizá?

—¿Inglesa? No... No, no: soy de Nueva York.

—Ah. Y en Nueva York se conduce por la derecha, ¿verdad?

—Sí... Sí, claro...

—Pues fíjese bien —el gigantesco boxeador asió ambas manos de Loretta, y alzó la derecha—: ¿ve? Ésta es la manita derecha, e indica, por tanto, ese lado de un conductor, con lo que ese conductor tiene que saber que los vehículos que vengan por ese lado tienen preferencia de paso, salvo indicaciones expresas en sentido contrario. ¿Lo comprende, señorita Potters?

—Sí, sí...

—Quisiera estar seguro de ello —el tono de su voz llegó a lo melódico, a lo cantarín—. ¿Qué manita de la nena es ésta?

—La... la derecha.

—¿Y ésta? —se interesó el narizotas, dulcísimamente.

—La izquierda.

—Eso es. Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda... —Las iba alzando con tal energía que la cabeza de Loretta iba de un lado a otro, como a punto de saltar de los hombros—. Y como solo tenemos dos manos, es fácil recordarlo. ¿Sí?

—Sí, sí, sí.

—¡Pues será lo mejor para usted! —gritó de pronto el púgil, mirándola furiosamente—. ¡Porque si vuelve a abollarme mi coche nuevo en todos los días de su vida, yo le abollaré a usted la nariz! ¡Y toda su linda carita de niña tonta! ¿Está enterada? ¿Me ha entendido, señorita Potters?

—Sí... Sí, señor, sí... ¡Le he entendido!

—¡Muy bien! —le soltó bruscamente las manos—. ¡Pues ahora, quite usted su coche de ahí, de modo que yo entre en primer lugar, como es de ley, y en lo sucesivo, mucho ojo conmigo! ¡Vamos, quite ese carromato de mi ruta!

—Sí, señor... ¡Sí, señor!

Loretta entró precipitadamente en su coche, consiguió dar marcha atrás, para desincrustarlo del otro, y esperó a que el

boxeador iniciase el descenso por la rampa. Luego, con exquisito cuidado, bajó tras él. Estacionaron los dos, y la muchacha corrió hacia el ascensor interior, observada malignamente por el tipo de la nariz como un pegote de chicle..., que cuando llegó ante la puerta metálica, ésta se cerró delante de esa narizota con seco chasquido.

Dentro del ascensor, Loretta Potters no sabía si echarse a llorar o a gritar insultos al tipo de las manazas de hierro. Se miró las suyas, que estaban enrojecidas y doloridas. Y también le dolía el cuello y los hombros.

—¡Si será bestia...! —exclamó.

Llegó a su piso, el cuarto, y se apeó, enviando el ascensor abajo. Segundos después, entraba en su apartamento, siempre precipitadamente. Corrió hacia el saloncito, y de pasada hacia la librería se llevó arrastrando una silla. La colocó delante de uno de los cajones, abrió éste, y tomó los auriculares que había encima de un aparato. Se los puso, aspiró hondo, y puso en marcha el aparato receptor... Durante unos segundos, estuvo tensa, esperando. Luego, volvió a aspirar hondo.

«¡He llegado demasiado tarde! —pensó—. ¡Y la culpa la tiene ese pedazo de bruto!».

Maniobró en los mandos, afinando la sintonía de onda y aumentando el volumen de reproducción, pero el silencio persistió. Eso quería decir que nadie hablaba en el salón de la quinta de Alexander Jaffa, ni en el vestíbulo, únicos lugares donde había podido colocar un par de micrófonos. O quizá no había nadie en la casa... Acercó de nuevo la manita a los mandos, pero la retiró. Sabía que todo estaba bien, así que si nada oía era porque nada hablaban.

—Pero algo ha ocurrido —murmuró—. Sé que algo ha ocurrido, pues Alexander Jaffa ha palidecido cuando le han llamado por teléfono. ¡Si no le hubiese dicho que era un *gánster* quizá me habría permitido quedarme! Pero —vaciló— me alegro... ¡Me alegro de habérselo dicho, porque lo es!

Vaya si lo era... Alexander Jaffa era posiblemente el *gánster* más *gánster* que jamás había existido. Sólo que, hasta el momento, no había habido modo de probárselo. Ni siquiera lo había conseguido el FBI, que al final parecía haberse dado por vencido, esperando tiempos más propicios para volver al ataque. Sin embargo, mientras

tanto, Alexander Jaffa proseguía con sus actividades, naturalmente. Actividades diversas, según malas lenguas: drogas, atracos, sobornos, chantajes, coacción... De todo un poco. Un buen surtido.

¿Y a quién se enfrentaba Alexander Jaffa en aquellos momentos, sin saberlo? Pues, a la señorita Loretta Potters, periodista, fanática de la honradez y de la justicia, que se había propuesto nada menos que conseguir pruebas para enviar a la cárcel para siempre al todopoderoso y peligroso Alexander. Así como suena: una jovencita de veintitrés años, empleada en la *Womens Review*, que, con el pretexto de escribir varios artículos desagraciados sobre Alexander Jaffa, le estaba buscando las vueltas para enviarlo a prisión por el resto de sus días.

Sólo que, hasta el momento, la señorita Potters sólo había conseguido unos cuantos artículos con revelaciones más o menos interesantes, pero en absoluto punibles; eso, y colocar un par de micrófonos en la guarida de su presa.

—Tarde o temprano, te cazaré, canalla —dijo en voz alta.

Se puso en pie, fue al dormitorio, y se desvistió, siempre con el oído atento, por si del receptor brotaba alguna voz. Se puso una bata que era un primor, fue a la cocina, y del frigorífico tomó algunos alimentos preparados, que metió en el horno.

Luego volvió al saloncito, con la bandeja, que colocó sobre la librería. Se puso de nuevo los auriculares, y se dedicó a comer con juvenil y sanísimo apetito.

Ya debían ser cerca de las ocho.

A las nueve y veinte, de pronto, oyó un portazo, y un rumor que tardó unos segundos en identificar: el de un motorcito eléctrico. Es decir, que Alexander Jaffa se estaba desplazando. Al parecer, hasta el momento había estado fuera del salón...

—¡Pasad de una maldita vez! —Oyó su rechinante voz, airada y preocupada—. ¿Estaba mi hija en el yate?

—No... No, señor... Ni ella ni Delbert están allí, señor Jaffa. En el yate está el capitán, esperándolos todavía.

—¡Esperándolos todavía! ¡Ese idiota debió avisarme cuando vio que se retrasaban tanto!

—Ya se lo dije así, señor Jaffa, pero me contestó que él no sabía cuándo iba a terminar la fiesta, así que, simplemente, esperó.

Hubo unos segundos de silencio, tantos, que Loretta movió la

mano hacia los mandos..., pero la retiró vivamente cuando volvió a oír la voz de Alexander Jaffa, ahora en un tono muy distinto, como... apagada, como rota.

—Está bien... No sé quiénes son, pero sé que quieren tres millones de dólares por la vida de mi hija...

Loretta Potters respingó, comprendiendo de pronto el sobresalto y la palidez de Alexander Jaffa cuando había atendido la llamada mientras ella estaba todavía allí. El conocimiento de lo que estaba sucediendo la hizo estremecerse... ¡Santo cielo, alguien se había atrevido a enfrentarse a Alexander Jaffa, nada menos que secuestrando a su hija, para pedirle tres millones de dólares de rescate...! Esto era como ir a provocar a un tigre sarnoso, hambriento y rabioso en su propia guarida...

—¿Qué vamos a hacer, señor Jaffa? —Oyó Loretta, tras unos segundos de silencio.

—No lo sé... Me dijeron que volverían a llamar. Esperaremos.

—Si usted quiere que reúna a unos cuantos muchachos para buscar a la señorita Agatha...

—¡No! No... No vamos a hacer nada, Penbroke: sólo esperar.

Luego, el silencio total.

Loretta Potters fue a llevar la bandeja a la cocina. Luego, bien provista de cigarrillos, regresó a su puesto de espionaje. Repasó toda la instalación, asegurándose de que todo funcionaba perfectamente. Y así era: la audición era perfecta, todo estaba quedando grabado...

Encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar. Esperaría todo el tiempo que fuese necesario.

No tuvo que esperar mucho. A las diez y media, oyó el timbre del teléfono, que le hizo erguirse vivamente. Se colocó bien los auriculares, puso en marcha el dispositivo grabador, y aguzó el oído.

Fue el propio Alexander Jaffa quien contestó esta vez, con voz tensa:

—¿Oiga?

—...

—Sí... Ya me he asegurado de que no está en el yate, en efecto. Pero eso no quiere decir que la tengan ustedes.

—¿...?

—Claro que es perfectamente posible, pero ¿cómo puedo saberlo? Quiero hablar con mi hija.

—...

—Entonces escuche esto, sea quien sea usted: estoy dispuesto a pagar, pero sólo si tengo la seguridad de que mi hija está sana y salva, y que me va a ser devuelta. Mientras yo no tenga esa seguridad, ustedes están perdiendo el tiempo.

—¿...?

—Desde luego. Cualquier prueba será buena para mí.

—...

—Está bien. Empezaré esta misma noche a reunir el dinero. ¿Para cuándo debo tenerlo dispuesto?

—...

—De acuerdo. ¿Y cuándo tendré pruebas de que mi hija está viva y en buen estado?

—...

—Durante todo el día de mañana... ¿Por qué esperar tanto? Yo puedo tener el dinero antes de las diez de la mañana...

—...

—Está bien. Esperaré noticias a partir de las cinco de la tarde. Pero les advierto que si a mi hija le ocurre algo que... ¡Malditos sean! —Se sintió el golpetazo del auricular sobre el soporte—. ¡Han colgado!

—¿No vamos a hacer nada hasta mañana a las cinco, señor Jaffa?

—¿Qué quieres que haga? ¿Movilizar a veinte hombres, para que esa gente se dé cuenta y le corten la cabeza a mi hija? —Se oyó una especie de berrido y gemido a la vez—. ¡Pobre niña mía...! ¡Como esos puercos le hagan el menor daño...!

—Debieron sorprenderlos —intervino otra voz—, porque sólo así pudieron dominar a Delbert Koster, señor Jaffa.

—¿Cómo pudo descuidarse ese maldito idiota...? ¡Le doy a mi hija, «a mi hija», y el muy cretino no sabe cuidar de ella...! ¿Dónde está Esley ahora, Penbroke?

—En Boston, atendiendo unos asuntos. Aquellos de...

—Ah, sí... Llámalo. Dile que quiero que esté aquí mañana, antes de las cinco de la tarde. Que deje lo que esté haciendo, sea lo que sea... Durante años ha vivido como un rey a mi costa, disfrutando

de la comodidad de ser mi lugarteniente... ¡Veremos qué se le ocurre en una situación como ésta! Hasta ahora, he sido yo quien ha pensado siempre: ¡que piense él algo ahora! ¿Qué haces?

—Pues voy a llamar a Esley Sharky a Boston...

—¡Desde aquí, no, so cab...! ¿No comprendes que pueden tener intervenido el teléfono, o algo así? ¡Ve a llamarlo desde cualquier sitio! Y vuelve en seguida... Colman y Stillman se quedan conmigo.

—Muy bien, señor Jaffa.

Ruido de pasos, golpe de una puerta, silencio prolongado...

De pronto:

—¿Quiere que juguemos a algo, señor Jaffa?

—Maldito animal... ¡Lo único que quiero es que os sentéis ahí, y permanezcáis callados toda la noche, cuidando de mí! ¡Y no tengo ganas de conversación!

Silencio absoluto.

Tan absoluto, tan prolongado, que finalmente, Loretta Potters detuvo la marcha de la grabadora y del receptor. Verdaderamente, ¿qué podía escuchar más, aquella noche?

Durante un par de minutos, estuvo pensativa, antes de tomar decisiones, que fueron éstas: iría escuchando de cuando en cuando, por si sucedía algo nuevo; y mientras tanto, iba a dedicarse a escribir un artículo sobre el secuestro de la hija de Alexander Jaffa... Aunque no lo enviaría en seguida a la revista, desde luego, pues sí aparecía dicho artículo, las cosas podían complicarse mucho para Alexander Jaffa y muchísimo para ella misma. Sin la menor duda, Jaffa le enviaría algunos «amigos» a preguntarle cómo estaba enterada ella del asunto, y hasta podían pensar que tenía que ver algo en ello...

—No —movió la cabeza—. Nada de publicarlo todavía... Pero lo voy a escribir ya.

Así que se acercó al ángulo de pared donde tenía el escritorio con la máquina de escribir. Lo abrió, colocó un papel en el rodillo, encendió otro cigarrillo, y tras entornar los ojos en busca de un buen principio, comenzó a teclear.

Eran apenas las once menos cuarto de la noche.

Cuando sonó el timbre de la puerta del apartamento, Loretta no tenía ya la menor noción del tiempo, pues se había abstraído completamente en su labor, cuyo fruto eran tres páginas

mecanografiadas a un lado y una a la mitad del rodillo... Alzó la cabeza, se dijo que debía haber oído mal, y siguió tecleando...

El timbre de la puerta volvió a sonar. Esta vez no había dudas. Loretta miró su relojito, y frunció el ceño... ¿Quién podía ser el inoportuno a aquellas horas de la noche?

Se dirigió hacia la puerta, abrió, y miró hacia donde con toda lógica, debía estar el rostro de la persona que había llamado... Pero allá sólo vio un gran campo de lindas florecitas verdes, rojas y azules. Alzó la mirada, y entonces, por encima del campo con florecitas, vio aquella cara.

Respingó.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Lo había olvidado!

El boxeador del peinado estilo cepillo y la nariz como un pegote de chicle, sonrió almibaradamente.

—¿Se refiere usted a lo del coche? Oh, no tiene importancia, señorita Potters... Estoy seguro de que mañana encontraremos una solución digna de personas civilizadas.

—Sí, por supuesto, señor..., señor...

—Jake Faynman, para unirme a la fiesta. Es estupendo tener una vecina como usted. —Jake Faynman alzó lo que parecía una trompeta hecha con una hoja de papel, y dijo—: ¡Tururúuutt! ¡Viva la juerga!

Loretta Potters iba de sobresalto en sobresalto, de desconcierto en desconcierto... Se dio cuenta, de pronto, de que el campo lleno de florecillas de colores no era otra cosa que el estampado del pijama de Jake Faynman; un pijama de pantalón corto, que dejaba al descubierto las más robustas, velludas y horrendas piernas que la muchacha había visto jamás. Además, Jake Faynman iba descalzo, de modo que se veían sus pies en todo su pavoroso tamaño. Pero esto no era todo... Además de ir descalzo, de haber ido a hablar con ella ataviado con aquel ridículo pijama, y de haber soplado en una trompeta de papel, Jake Faynman llevaba en la cabeza un gorro hecho con papel de periódico, del que colgaban unos flecos hábilmente cortados.

Era todo un cuadro.

Loretta tragó saliva, y tartamudeó:

—Se... señor Faynman, no... no comprendo...

—¡Tururúuuutt! —Volvió a soplar él en la trompeta de papel—.

¡Aquí llega el invitado más gracioso de todos! ¡Paso al chico simpático! —Apartó delicadamente a Loretta, y entró en el apartamento, tocando de nuevo la trompeta y marcando el paso—. ¡Un, dos, un, dos, un, dos...! ¡Tururúuuutt! ¡Un, dos, un dos, un...!

Loretta estaba como clavada al suelo, mirando con ojos desorbitados a aquel chiflado... Cerró la puerta, y corrió tras él, que en aquel momento había llegado al saloncito. Allí, Jake Faynman se detuvo, y miró desconcertado a todos lados.

—Señor Faynman...

—¡Cómo! ¿Está usted sola?

—Sí... Sí, sí... ¡Claro que estoy sola!

Jake Faynman se quedó estupefacto. Luego, metió dos dedos entre sus cabellos, y se rascó la cabeza.

—Caramba, pues yo habría jurado... Vaya, me pareció que aquí había una fiesta, y vine a unirme a ella. ¡Me encantan las fiestas, señorita Potters!

—Lo... lo comprendo, pe... pero como ve, aquí no... no hay ninguna fiesta...

—Pues eso parece, en efecto. Pero... ¡Caramba!, ¿qué tal si analizamos la situación? —exclamó, dejándose caer en el sofá.

—No creo que haya nada que analizar...

—¿No hay fiesta?

—Ya ve que no...

—¿No hay músicos?

—No... No, no...

—¿No hay juerga? ¿No hay chicas, ni champaña, ni nada de nada...?

—No, señor... Nada de nada.

—Pues debo estar mal de las trompas de Eustaquio. Lo cual no quiere decir que Eustaquio fuese un tipo que siempre estaba trompa, ¿comprende? Las trompas de Eustaquio son unas cositas que tenemos dentro de las orejotas —en su caso orejitas, claro— y que nos permiten oír. O sea, que no hay ningún tipo que se llame Eustaquio y que sea un trompa. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, sí, claro...

—Claro. Bien, yo insisto en que, a menos que esté mal de las trompas de Eustaquio, aquí había juerga hace Unos minutos. De modo que me dije: Jake, muchacho, ya sabes que es de inteligente

saber tomarse las cosas tal como vienen; estás muy cansado, pero ahí al lado hay gente que no lo sabe, y que se está divirtiendo; lo mejor sería ir allá a pedirles que cerrasen el pico, pero eso no es justo, porque tienen derecho a divertirse; entonces, puesto que eres un muchacho educado y considerado que no quieres fastidiar la fiesta a nadie, lo mejor que puedes hacer es... ¡unirte a la fiesta! Y aquí me tiene usted, señorita Potters, con traje de tocar la trompeta. Oiga, lleva usted una batita muy mona. ¿Y qué me dice de mi pijama?

—Es... es muy bonito. Mire, señor Fa...

—¿Verdad que sí? Y es lo que yo digo: si uno no puede vestir como quiere en la intimidad, ¿de qué sirve la intimidad?

—Sí... Naturalmente, sí.

—¡Bueenooo...! —Faynman se puso en pie—. Pues ya que no hay fiesta, me voy de nuevo a la camita a dormir. Si es que puedo, pues quizá vuelva a padecer alucinaciones acústicas y oiga unos ruidos que me impidan conciliar el sueño. ¿De verdad no había ruidos aquí?

—El... el único ruido que ha podido usted oír sería debido a mi máquina de escribir...

—Ah. ¿Tiene usted una máquina de escribir?

—Sí... Es que soy periodista...

—¡Tomaaa...! ¿Y dónde está su máquina de escribir?

—Allí, en aquel lado... —señaló Loretta.

Jake Faynman se volvió, vio la máquina de escribir, quedó pensativo, asintió con la cabeza, y se acercó a Loretta. Con gesto en verdad amable, la asió por el cogote, y la empujó hacia la puerta del apartamento, haciendo casi correr a la muchacha.

—¿Qué hace...? ¡Suélteme!

—Tranquilícese, señorita Potters: sólo quiero confiarle un secreto. Pero ha de ser en mi apartamento.

—¡No tengo por qué ir a su apartamento! ¡Suélteme!

—Vamos, no sea rebelde. ¿Acaso desconfía de mí en algún sentido? Le aseguro que soy un hombre mental y sexualmente sano, con grandes principios de moral y de respeto a los derechos del prójimo... Y hablando de derechos del prójimo —la metió en su apartamento, y la llevó, siempre asida por la nuca, hacia el dormitorio, pese a la resistencia de Loretta—. ¿Usted sabe lo que

son los derechos del prójimo?

—¡Suélteme!

—Venga, venga, mire, ¿ve? Esto —dio unos golpecitos en la pared—, es un tabique, pegado al cual está, precisamente la cabecera de mi cama, y tras el cual está, precisamente, ¡su maldita máquina de escribir! —vociferó de pronto—. ¡Su maldita máquina de escribir, que me tiene hasta los pelos con su ta-ta-ca-ta-ca-ta...! ¿Lo entiende? ¿Lo entiende? ¡Son las once y pico de la noche, y a esa hora a mí me da la gana de dormirrr...! ¿Está bien claro, señorita Potters? Si quiere, se lo repetiré con muchísimo gusto, pero será metiendo su naricita impertinente de niña aristocrática dentro del tabique... ¿Me ha entendido usted, por todos los malditos demonios del mundo?

—Sí —casi gritó Loretta, aterrada—. ¡Sí, sí, le he entendido!

—Estupendo. —Jake Faynman volvió a sonreír, de pronto, como el más bondadoso, bonachón y amable de los muchachotes del mundo—. Estupendo, señorita Potters.

—Yo... yo lo siento..., lo siento de veras... No..., no pensé...

—Pues hay que pensar, hija mía, hay que pensar. —Faynman la soltó del pescuezo y le pasó cariñosamente un brazo por los hombros, encaminándola hacia la puerta—. Hay que pensar en el prójimo y en sus derechos, que son inalienables, cosa que expuso con gran acierto el señor Lincoln, nuestro nunca bien amado presidente... ¿Verdad que no lo hará más, señorita?

—No... No, señor, no... Desde luego que no...

—Magnífico. —Jake Faynman abrió la puerta, empujó a la muchacha hacia el pasillo apoyando la manaza más abajo de la cintura de ella—. Buenas noches, señorita Potters: que descansemos.

—Sí... Sí, sí... Buenas noches, se... señor Faynman.

La manaza de éste la asió de pronto por la ropita que cubría su pecho, y la atrajo de un tirón, de modo que la naricita de Loretta se hundió en el pegote de chicle.

—¡Y se lo advierto seriamente! —aulló el púgil—. ¡Si usted vuelve a molestarme, yo me cambiaré de apartamento, pero usted habrá cambiado de cara! ¿Le gustaría tener una cara como la mía?

—¡No, señor! —gritó Loretta.

—¡Pues mucho cuidado!

¡Blam! Se cerró la puerta del apartamento del señor Jake

Faynman.

Loretta Potters quedó sola en el pasillo, con la bata arrugada bajo la garganta, palidísima, los ojos desorbitados... Echó a correr, entró en su apartamento, y cerró la puerta, en la que quedó apoyada, jadeante.

—¡Bruto! —gritó—. ¡Bruto, bruto, bruto...!

CAPÍTULO III

—Buenas tardes, señorita Potters. ¿Qué tal? ¿Cómo va este luminoso día de otoño?

Loretta había respingado. Luego, tras volverse de un salto, se quedó mirando a Jake Faynman, que la contemplaba amablemente desde su altura de rascacielos, sonriendo a todo lo largo y ancho de su bocaza.

Estaba hecho un brazo de mar, como suele decirse... Por la mañana, y sin saber por qué, Loretta había estado espionando su salida del apartamento, pero, evidentemente, el señor Faynman tenía costumbres diferentes a las de ella: cuando creía que iba a salir de un momento a otro, lo que hizo el señor Faynman fue entrar. Llegó en el ascensor a eso de las diez y media, ataviado con un chándal de color azul oscuro, y cubierto de sudor. Saltó del ascensor a paso gimnástico, se metió en su apartamento, y Loretta estuvo segura de escuchar poco después unos imponentes berridos que decían algo de unos extraños en la noche...

Pero ahora, a las cuatro y pico de la tarde, el señor Faynman estaba hecho un brazo de mar, con su traje bien cortado, su corbata con flores diversas, muy bien afeitado y oliendo a loción que sugería (¡cosa extraña!) músculos y masculinidad. Y, pasmo de pasmos, Loretta Potters se encontró pensando que el señor Faynman no era ni así de feo, sino, simplemente, un tipo con una cara de hombre que tiraba de espaldas. Aunque, eso sí, la nariz no se la podría arreglar ya ni el buen Dios en su infinita misericordia, pensó.

—Oiga —dijo Faynman—: son más de las cuatro de la tarde, señorita Potters: a esta hora sí puede usted hablar, escribir a máquina y cantar, si así lo desea. No molesta a nadie, ¿sabe?

—Le... le eché un sobre por debajo de la puerta, con... con los

datos de mi compañía de seguros para... para lo del coche...

—Mensaje recibido *stop* gracias mil *stop*. Asunto reparación de automóvil en marcha *stop* invitación a cenar en marcha *stop* urge respuesta *stop* saludos Jake Faynman.

—¿Qué..., qué..., qué...?

—La estoy invitando a cenar —gruñó Jake.

—Oh... ¡Ooh!

—¿Me permite un momento? ¡Vuelvo en seguida...!

Por cierto: ¿no tendrá usted un diccionario, por casualidad?

—Un... Sí, claro que tengo uno.

—¿Me permitiría consultarlo? Quisiera saber qué significa la expresión «¡oh!» como respuesta a una invitación para cenar.

—¡Oh!

—¡Corramos a consultar el diccionario, señorita Potters!

—Quiero..., quiero decir... que se lo agradezco mucho, pero no me es posible aceptar...

El ascensor llegó, y Jake Faynman abrió la puerta, cediendo el paso a la muchacha.

—Vaya —masculló—. Sé que soy feo, pero no creía que tanto, de veras.

—Oh, no es por eso —casi gritó Loretta—. ¡Es que tengo cosas que hacer!

—¿A la hora en que todos dejan de hacer cosas?

—Sí... Sí, tengo..., tengo un trabajo que quisiera terminar.

—¿Abollar algún coche?

—No —de pronto Loretta se echó a reír—. ¡No, señor, le aseguro que no es eso! ¿Qué... qué le pasa...?

Jake Faynman había quedado como paralizado de pronto, como convertido en estatua, con la boca abierta, los ojos desorbitados y bizqueantes, la lengua colgando con gesto de retraso mental.

—¡Señor Faynman! —Se asustó Loretta—. ¡Señor Faynman!

—¿Qué... qué?

—¿Se encuentra bien? —gimió Loretta.

—Sí, sí... Perfectamente. Es que acabo de oír un sonido musical, armonioso, celestial... ¡Era como la risa de un ángel dulcísimo! Y yo siempre me quedo así cuando ríen los ángeles.

—Pero..., pero sólo he reído yo...

—Pues eso.

Loretta Potters enrojeció de placer. Luego, parpadeó, sin dejar de mirar aquellos ojos negríssimos, y por último, bajó la cabeza y se mordió los labios...

—Hay gente que vive en sitios peores, desde luego —oyó decir a Jake Faynman.

—¿Qué dice? No comprendo...

—Digo que hemos llegado al estacionamiento, y que podemos muy bien quedarnos a vivir en el ascensor, porque hay gente que vive en sitios peores.

—¡Oh!

—¡Oh! —Imitó él; abrió la puerta del ascensor, y salió detrás de Loretta—. Oiga, ¿de verdad es usted periodista, o algo así?

—Sí... Claro, de verdad.

—Caramba, me gustaría que me hiciese una entrevista...

—Es que yo... yo escribo en una revista sólo para mujeres, la *Review Women's*

·
—¿Y desde cuándo a las mujeres no les gusta saber cosas de los hombres? Imagínese: un reportaje exclusivo para las lectoras de la *Review Women's*

protagonizado por el gran Salchichero Faynman.

—¿Sal... salchichero...?

—Sí. Pero no tengo un negocio de embutidos. Es que en el mundillo del boxeo me llaman así, porque convierto en salchichas a mis contrincantes. ¿Cara o cruz?

—¿Cara o...? ¿Para qué?

—Para saber quién sale primero del estacionamiento. Hasta dentro de dos días no me admiten el coche en el taller, y no quisiera llevarlo más aplastado... ¿Cara o cruz?

—Cara —rió Loretta.

—Usted gana.

—Pe... pero si no ha tirado la moneda...

—Es igual. Usted gana..., aunque se pierde una cena divertida. Sé un chiste tremendo... ¿Sabe lo que le digo, señorita Potters? ¡Si yo pudiese casarme con una chica como usted, sería el hombre más feliz del mundo!

—¿Y... y no puede...?

—Podemos buscar en el directorio telefónico.

—Buscar, ¿qué? —se desconcertó Loretta.

—La dirección de un buen oculista. Porque evidentemente, usted necesita lentes, si cree que un tipo con esta cara puede besar y abrazar a una chica como usted.

—¡Claro que puede! —exclamó Loretta.

—Vaya, pues muchas gracias —dijo Jake Faynman.

La abrazó por la cintura, la aplastó contra el muro que tenía por pecho, y la besó en los labios. Loretta Potters estuvo quizá un par de segundos sin tener ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo... Luego, comenzó a oír campanas, silbidos de trenes, estallidos de bombas, vértigo...

Finalmente, de muy lejos, y mientras recuperaba la respiración, oyó la voz, que parecía llegar de muy muy lejos...

—Es usted tan bondadosa, señorita Potters... ¡Acaba de conseguir que recupere la fe en mí mismo! ¡Gracias, gracias, muchísimas gracias...! Y hasta la vista.

Por fin, pudo ver a Jake Faynman, que en aquel momento le besaba una mano. Luego, el metro noventa de músculos dio media vuelta, y se alejó.

Loretta sólo consiguió reaccionar cuando él ya estaba al volante de su coche, haciéndole señas para que saliese en primer lugar.

—Pe... pero yo... no quería decir que... que... —tartamudeó.

—¿Qué dice? —gritó Faynman.

La muchacha dio media vuelta, corrió hacia su coche, y en pocos segundos, sofocada y aturdida, se encontró en plena rampa, hacia la calle. Cuando llegó al exterior, su sofoco aumentó en intensidad.

—¡Será caradura...! —gritó.

Estaba tan excitada, tan irritada, que estuvo a punto de ocasionar un nuevo desaguizado automovilístico. Todo lo que pudo ver fue, a través de un parabrisas, el rostro demudado del otro conductor, cuyos ojos parecían ir a saltar de las órbitas. Enderezó el coche, suspiró profundamente, y se concentró.

—Vamos a olvidar eso... Tengo cosas más importantes en que pensar.

Y se puso a pensar... Alexander Jaffa esperaba noticias hacia las cinco de aquella tarde, respecto a su hija. Muy bien, pues ella

estaría allí cuando llegasen aquellas noticias. Además, quería conocer a Esley Sharky, el siniestro lugarteniente de Jaffa... Claro que con todo esto corría un riesgo: no enterarse de nada. En cambio, si se quedaba a la escucha en su apartamento, era seguro que oiría algo... Pero no. Quería estar allí, ver a Jaffa en aquellos momentos, meter sus naricitas por todas partes...

—¿Y si avisase al FBI? —reflexionó—. A fin de cuentas, se ha cometido un secuestro..., aunque sea la hija de un canalla como Alexander Jaffa. Pero... tendría que ser él quien avisase al FBI, cosa que, ciertamente, no hará jamás. Por otra parte, si esa gente se entera de que el FBI interviene en el asunto, quizá maten a la hija de Jaffa y a su marido, ese canallita de Delbert Koster.

Comoquiera que la distancia entre los apartamentos Moravian y la quinta de Jaffa, sita en el 860 de Kill Road, era escasa, Loretta Potters se encontró con que no le quedaba mucho tiempo para pensar, pues estaba llegando... Así es la vida: personas honradas viven de cualquier manera, y personas como Alexander Jaffa viven en hermosas quintas en la mejor zona de Staten Island, en Richmond...

Detuvo el coche delante de las verjas, y se quedó mirando hacia la casa, al fondo. Sí, señor, aquella quinta...

Toc, toc, toc..., oyó los golpecitos en el cristal de la portezuela.

Volvió la cabeza, y empezó a sonreír al ver a la niñita de los graciosos bucles. Pero la sonrisa se quedó en mala imitación al ver mejor a la «niñita», al contemplar mejor aquellos ojos viejos, la boca prominente, con negra pelusilla en el labio superior, todo el grotesco semblante.

Abrió la portezuela, impresionada, haciendo lo posible por terminar la sonrisa en favor de la enana.

—¿Qué desea...?

—Usted va a visitar al señor Jaffa, ¿verdad?

—Sí, sí, voy a...

—¿Sería tan amable de entregarle este paquetito? —pidió la enana.

Se lo tendió. Era del tamaño de una mano, aproximadamente. Parecía una caja, muy bien envuelta, asegurada con una cinta de color rosa cuyos extremos habían sido pegados al papel del envoltorio con cinta adhesiva.

—Pues... Bueno, con mucho gusto, desde luego. Pero podría usted entrar conmigo para...

—No me es posible. ¡Tengo tanta prisa...!

La enana dio media vuelta, y echó a correr, con una agilidad que dejó estupefacta a Loretta. Miró la caja, volvió a mirar hacia la enana..., y ya no la vio.

Atónita, estuvo buscándola con la mirada, pero, simplemente, había desaparecido. Bueno..., ¿qué tenía de malo entregar una caja a Alexander Jaffa?

Salió del coche, y fue a tirar de la cadenita de la verja. Vio aparecer a Wilbur, y ya de lejos comprendió, por su expresión, que no le iba a autorizar la entrada. Así que, cuando el mayordomo llegó, Loretta no le dio tiempo ni a abrir la boca.

—Traigo esta caja para el señor Jaffa... ¡Y sólo se la entregaré en propia mano, se lo advierto!

—El señor Jaffa no recibe a nadie hoy, señorita Potters.

—De acuerdo. Cuando quiera la caja, ya sabe dónde encontrarme, ¿verdad? Que me llame a mi apartamento, y vendré a traérsela... si me viene de gusto entonces, claro.

Wilbur vaciló.

—Un momento, por favor.

Se dirigió hacia el pequeño pabellón donde estaba el teléfono que comunicaba con la casa. Regresó un minuto después, y sin decir palabra abrió las verjas. Loretta contuvo una sonrisa de triunfo, y se colocó al volante. Condujo hasta delante de la casa, esperó a que llegase Wilbur, y éste la introdujo en la casa, y seguidamente, en el salón.

Nada más entrar, Loretta captó lo tenso de la situación, se sintió inquieta bajo aquel silencio extraño, poco natural... Habían seis hombres allí dentro: Alexander Jaffa, su lugarteniente Esley Sharky, Penbroke, Colman, Stillman, y otro hombre al que no había visto en sus visitas anteriores. Tampoco había visto nunca a Esley Sharky, pero supo que era él apenas verlo: alto, elegante, delgado, con mirada fría y húmeda, repelente, muy bien peinados sus rubios cabellos, que parecían una plancha de oro puro... Estaba de pie junto a Jaffa. Y a los pies de éste se veía una gran maleta cerrada. Loretta sabía lo que contenía aquella maleta: tres millones de dólares. Santo cielo, ¡tres millones de dólares...!

—Un truco muy ingenioso el suyo, señorita Potters —dijo Jaffa, con voz áspera y fatigada—. Supongo que ahora me dirá que esa caja no contiene nada y que lo que quería es hacerme más preguntas, simplemente.

—No, señor —negó con graciosa altivez Loretta—. Lo de la caja es verdad. ¿Me invita a tomar algo?

—Señorita Potters, no estoy de humor para conversaciones. Además, ya le dije ayer que no quería continuar con su juego de preguntas y respuestas. Se terminó. Ahora, deje la caja por ahí y tenga la bondad de marcharse.

Loretta dirigió una mirada a su relojito. Eran las cinco menos doce minutos... Y por la actitud de aquellos hombres comprendió que todavía no tenían noticias de Agatha Jaffa y su marido. ¡Si pudiese arreglárselas para quedarse allí unos minutos, hasta que sonase el teléfono...!

—No es usted muy cortés —se dispuso a prolongar la conversación—. Mi revista...

—Su revista, señorita Potters, me tiene sin cuidado. Mire, al principio debo admitir que me hizo gracia su idea de lanzar unos cuantos capítulos con cosas de mi vida, pero ya me cansé. Además, todos estamos muy ocupados aquí... Esley, recoge esa caja. Y tú, Wilbur, acompaña a la señorita Potters hasta la puerta... de hierro. ¿Comprendes?

—Sí, señor —musitó Wilbur.

Por su parte, Esley Sharky se había acercado a Loretta, tomó suavemente el paquete, y le sonrió. Loretta tuvo la impresión de que una serpiente recién salida de su baño de lodo la contemplaba calculando si tragarla entera o por secciones...

—Por favor, señorita Potters.

Se volvió a mirar a Wilbur, que estaba ahora a su lado. Era inútil insistir, y lo comprendió. Por lo tanto, lo más inteligente era regresar a toda prisa a su apartamento y ponerse a la escucha.

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta, seguida por el mayordomo. Cuando ella hubo salido, Esley Sharky llevó la cajita a Jaffa, que la tomó, la miró con irritación, y la tiró sobre un sillón.

—Hay algo dentro —dijo Sharky.

—Habrá puesto cualquier cosa... ¿Qué hora es?

—Las cinco menos... once minutos.

—Malditos sean —jadeó Jaffa—. ¡Lo están haciendo a propósito, se están recreando con mi angustia esperando hasta el último momento!

—Serénate —murmuró Sharky—. Y cuando contestes al teléfono, procura controlarte. No olvides en ningún momento que tienen a tu hija: sé suave, pero firme...

—¡No necesito tus consejos! —chilló Jaffa.

—Yo creo que sí —musitó Sharky—. Quizá no te des cuenta, Alex, pero estás perdiendo los estribos.

—Sí. —Jaffa se pasó una mano temblorosa por la cara—. Sí, tienes razón, Esley... Perdona...

—No es por mí por quien te tienes que preocupar. Sólo por tu hija, y por lo que digas y cómo lo digas a esa gente. Nuestra situación es de ceder. Muy bien, pagaremos... Luego, ya veremos qué pasa.

—Ni siquiera sabemos quiénes son...

—Ya lo sabremos —cortó secamente Sharky—. No te quepa duda de que en cuanto tengamos a tu hija a salvo, los buscaremos y los encontraremos.

—Sí... Sí, eso es...

De nuevo quedaron todos silenciosos. Sharky fue a servirse un trago de licor. El silencio era tal que se oyó el gorgotear del líquido en todo el salón.

—¿Qué hora es? —Casi gritó Jaffa.

Esley Sharky volvió a mirar su reloj.

—Las cinco menos seis minutos.

—¡No van a llamar! ¡La han matado, ya no podrán...!

—Cálmate. Ellos saben que si no te demuestran que tienen a tu hija, y en perfectas condiciones, no pagarás. Quizá sea una venganza, pero no hay venganza que valga tanto como tres millones de dólares. Maldita sea, Alex, ¡tranquilízate!

Alexander Jaffa volvió a pasarse las manos por la cara. Luego, apoyó la barbilla en ellas, y se quedó mirando fijamente el suelo. Un minuto, dos, tres...

Cuando sonó el teléfono, todos respingaron, a pesar de que lo estaban esperando hacía horas. Todas las miradas se clavaron en el negro aparato, que volvió a sonar. Jaffa adelantó una mano, pero Esley Sharky le hizo un gesto para que esperase. El teléfono sonó un

par de veces más, y, sin poder contenerse, lanzando un alarido, Jaffa descolgó el auricular.

—¡Diga!

—...

—Sí, soy yo mismo, estoy esperando todo el día.

—...

—Está bien, está bien... Tengo el dinero aquí, esperando. Pero aún no he recibido pruebas de que ustedes tengan a mi hija, ni de que ella esté bien.

—¿...?

—¿La caja? —La mirada de Jaffa pareció saltar hacia la cajita sujeta con el bonito lazo de color rosa—. Sí, la he recibido, sí.

—...

—Sí, está bien... La voy a abrir ahora mismo...

Mientras hablaba, hacía señas de urgencia a Penbroke, que era el que estaba más cerca de la caja en aquel momento. Penbroke la recogió, y arrancó el lacito, retiró el papel a manotazos, la abrió, y la colocó ante los ojos de Alexander Jaffa... Los dos palidieron a la vez. Esley Sharky y los demás se acercaron vivamente; Colman no sólo palideció también, sino que lanzó una exclamación: lo que había dentro de la caja eran dos orejas.

Dos orejas humanas, que parecían de cera, pero todavía con resto de sangre en la parte donde habían sido seccionadas para despegarlas de la cabeza.

—¡...!

Alexander Jaffa se sobresaltó, su alucinada mirada recuperó la expresión normal, en lo posible. Estaba lívido como un muerto.

—Sí —tembló su voz—. Sí, estoy aquí...

—¿...?

—Sí... las estamos..., las estoy viendo, sí...

—...

Clic.

Jaffa quedó inmóvil, como petrificado. Sharky le retiró el auricular de la oreja, y lo colocó en su sitio.

—¿Qué te han dicho?

—Son... las orejas de Delbert, de mi yerno... Me han dicho que si cuando me den instrucciones para la entrega del dinero me las doy de listo, me enviarán las de mi hija. ¡La tienen! ¡Es verdad que

la tienen, Esley!

—No irás a decirme ahora que creías que era una broma, ¿verdad? —refunfuñó Sharky—. ¡Claro que la tienen, y nosotros estábamos convencidos de ello desde el primer momento!

—La..., la van a... a mutilar, le harán... lo mismo que al pobre Delbert...

—¿Te han dicho eso?

—No, pero si lo han hecho con él...

—Con ella no lo harán. Alex, por tu hija, ¡serénate! Y no olvides exigir ver a tu hija y asegurarte de que está bien antes de pagar. Mantente firme en eso. Diles que harás todo lo que ellos quieran, pero que en ese punto no admites arreglos ni bromas de ninguna clase... ¿Cuándo volverán a llamar?

—No lo sé, no me lo han dicho...

—Lo pagarán caro —aseguró Esley Sharky—. Sean quienes sean, deben estar locos para haberse metido con nuestra organización, y cuando esto acabe ni siquiera tendrán ocasión de lamentarse... Ya no tendrán tiempo de nada...

—¿Qué hacemos con las orejas? —preguntó Penbroke, que parecía fascinado.

—¡Cómetelas, imbécil! —estalló Stillman—. ¿Qué es lo que quieres hacer con ellas? ¡Tírarlas! ¡Ya no le sirven de nada a nad...!

—No, espera —cortó Sharky, con la expresión de una auténtica serpiente—. Espera, espera, espera... Quizá todavía podamos arreglar las cosas de otra manera. ¿Quién ha traído este paquete?

Era el modo de preguntar de quien sabe la respuesta que va a recibir. Y por supuesto, recibió esa respuesta.

—La periodista —jadeó Jaffa—. ¡Esa maldita pelirroja preguntona...!

—¿Y... cómo es que las ha traído ella? ¿Cómo es que las... tenía ella?

Hubo un cambio de miradas entre los seis hombres que era, de verdad, todo un poema de odio y de muerte. Alexander Jaffa acabó palideciendo, pero era evidente que de rabia. De la más pura y genuina rabia.

—¡Se las voy a hacer comer! —aulló—. ¡Esa mala p...!

—Quizá se las coma —murmuró Sharky—. Eso, suponiendo que le queden dientes para ello. Penbroke, Stillman, escuchad muy bien

lo que voy a deciros...

CAPÍTULO IV

Cuando llegó a su apartamento, ya no había nada que escuchar. Y ciertamente, el receptor funcionaba de mil maravillas, estaba segura de ello. El silencio que «escuchaba» no era el silencio de un aparato averiado, sino el silencio de un lugar amplio en el que ningún sonido se produce.

—Qué raro... Los dejé a todos allí, tendrían que estar hablando, tendrían que estar diciendo algo... ¡Qué mala suerte! Si yo no hubiese ido allí, la enana aquélla tendría que haber entregado el paquete a otra persona, y yo quizá ahora sabría más de lo que sé...

Todavía se resistió a admitir aquel silencio, y movió los mandos. Pero no. No había avería, no había truco... Sencillamente, en el salón de la casa de Alexander Jaffa, hubiese quien hubiese, guardaban silencio. Silencio absoluto.

Sólo había una cosa que hacer: esperar. Encendió un cigarrillo, y se dispuso a hacerlo. Esperaría... No tenía nada más importante que hacer, desde luego.

Poco después, quizá diez minutos, oyó la llamada a la puerta del apartamento. Como iluminada por un relámpago, la imagen de Jake Faynman brilló en la mente de Loretta Potters. Vaciló, y por fin sonrió. Apagó el receptor, cerró el cajón, y, todavía sonriendo, fue a abrir.

Se quedó en verdad atónita.

—Señor Penbroke...

—Hola, señorita Potters. ¿Conoce a mi amigo Stillman?

—Sí... Sí, sí, claro...

Los dos hombres sonreían muy amablemente. Penbroke miró hacia el interior del apartamento, estirando cómicamente el cuello, en un gesto simpático de fisgón que está seguro de no molestar, sino

de hacer gracia.

—¿Podemos pasar?

—Pues...

—Le traemos un recado del señor Jaffa.

—Ah... Sí, pasen, pasen...

—Claro que si molestamos... Quiero decir que quizá usted esté acompañada ahora, y no sea el momento adecuado para recibir visitas.

—Oh, no, no... Estoy sola.

—Qué bien... Pasemos, Stillman.

Pasaron los dos, Penbroke en primer lugar, empujando con muy controlada suavidad a Loretta con una mano sobre su hombro. Ella frunció el ceño, pero no dijo nada. Stillman entró el último, y empujó la puerta con verdadera desgana.

—¿Qué recado les ha dado el señor Jaffa para mí? —se interesó imprudentemente Loretta.

—Se lo vamos a dar con toda exactitud —aseguró Penbroke—. Es muy fácil, señorita Potters. ¿Será tan amable de recibirlo, por favor?

¡Plaf!

Fue una bofetada escalofriante, que tiró a Loretta por el aire con las bellas piernas hacia arriba, mostradas de principio a fin. Cayó de espaldas y de cabeza, con tal fuerza que casi perdió el conocimiento... Seguramente, contribuyó a despejarla del todo el fenomenal par de bofetadas que recibió a continuación, y que hizo saltar su cabeza de un lado a otro, exactamente igual que un *punching-ball*... Su cabeza se llenó de silbidos, sus ojos de luces de colores, su rostro pareció ser sumergido en fuego... Luego, notó un tirón de los cabellos y después cayó en algún sitio, tan bruscamente que sus mandíbulas chocaron con la fuerza suficiente para que de los dientes saltaran chispas..., si eso era posible.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Y dónde está la señorita Jaffa? Es decir —puntualizó la voz de Penbroke—, la señora Koster, la recién desposada. ¿Comprende?

Pues no, señor. Loretta Potters no comprendía nada de nada, excepto que le dolía la cabeza que no veía muy bien, que le ardía el rostro, le silbaban los oídos..., y que, de pronto, tenía un miedo sencillamente espantoso.

—Me parece —oyó una voz lejana, lejana, lejana— que no te ha oído, Penbroke.

—Bueno. Dame la navaja, que vamos a destaparle los oídos. A lo mejor es que los tiene sucios. Y para limpiárselos bien, lo mejor que podemos hacer en primer lugar es cortarles las orejas. ¿A que sí?

—Buena idea.

Loretta sacudió la cabeza. Ante ella vio el brillo de la hoja de acero. Entonces, dio un salto y un grito..., recibió otra bofetada, y cayó de espaldas al durísimo suelo. Quiso ponerse en pie, pero algo que debía pesar una tonelada se colocó sobre su vientre, dejándola como clavada al piso.

—Lo malo es —oyó de nuevo la voz de Penbroke— que tu navaja no parece estar bien afilada, Stillman. Yo creo que la pobre señorita Potters va a sufrir mucho cuando le cortemos las orejas. Si la navaja cortase mucho, ni se enteraría; sólo notaría una cosa extraña, como un rasguño frío, pero nada más... En cambio, de esta manera, le va a parecer que se las estamos cortando con una sierra.

—Si quieres, puedo afilar la navaja. Es cuestión de segundos nada más.

La visión se aclaró de pronto para Loretta Potters. Estaba tendida en el suelo, de cara al techo, y sobre su vientre, navaja en mano, estaba Penbroke, que ya no parecía tan amable.

Y de pronto, Loretta recobró toda su lucidez.

—¡Yo no sé dónde está la hija del señor Jaffa! —gritó—. ¡No lo sé!

—Pues por ignorante —dijo Penbroke— se va a quedar sin orejas, señorita Potters.

—¡Le juro que no lo sé! —gritó histéricamente Loretta—. ¡Yo no sé nada de todo eso!

—Es usted una mentirosilla, ¿sabe? Y bien pensado, a las niñas mentirosas lo que hay que cortarles es la lengua, no las orejas. A ver, saque la lengua.

Loretta Potters tuvo una reacción para la que no estaban preparados tipos como Penbroke y Stillman. Una reacción de la más pura lógica, sin embargo, rompió a llorar. De tal modo, con tal miedo y congoja, que hasta los carbonizados corazones de Stillman y Penbroke vibraron enternecidos.

—Oye —dijo Stillman—, ¿y si de verdad no sabe nada?

—Es una zorrita. Apuesto a que sí sabe algo.

—Hombre, que no. Cuando a una chica le dices que vas a cortarle la lengua y las orejas, y no te dice lo que sabe, es que no sabe lo que tú crees que sabe. Quiero decir...

—Cierra la bocaza, imbécil.

Loretta Potters se sintió alzada, y luego tirada de cualquier modo. Supo que estaba en un sillón. Segundos después, mientras las lágrimas seguían impidiéndole la visión, notó una cosa fría en la mano.

—Es *whisky* —oyó—. Beba un poco, tranquilícese, y charlemos como buenos amigos. A lo mejor nos hemos equivocado con usted, señorita Potters.

Bebió un trago de *whisky*, comenzó a toser, y los ojos quedaron ya definitivamente inundados en lágrimas. Algo áspero pasó sobre ellos, retirando las lágrimas. Entonces, pudo ver de nuevo a Penbroke y Stillman, que la observaban con auténtica curiosidad.

—¿Se siente mejor? —preguntó Penbroke.

—No sé... Sí, sí, mucho mejor, sí...

—Espléndido. Veamos, señorita Potters, nosotros hemos estado conversando allá, en casa del señor Jaffa, y hemos llegado a la conclusión de que usted tiene algo que ver con el secuestro de la señorita Jaffa... ¿Me comprende?

—¡Pero yo no sé nada de todo eso!

—Quizá sea cierto. Pero usted llevó allá las orejas de Delber Koster, ¿no es así?

—¿Las... las... las...?

—Las orejas de Delbert Koster. Estaban en aquella cajita que usted le entregó al señor Jaffa. No me diga que no recuerda eso tampoco, por favor.

—Sí... Sí, sí... Bueno, la cajita me la dio una enana...

—¿Una qué?

—Una... una mujer enana... Apareció cuando yo estaba delante de las verjas, y me pidió por favor que le entregase la cajita al señor Jaffa, que ella tenía mucha prisa. Y yo se... se la entregué. ¡No sé nada más!

—Una mujer enana —masculló Penbroke—. ¿Qué te parece esto, Stillman?

—Tendré que pensar un poco —dijo Stillman.

—¿Y quién es esa mujer enana, señorita Potters? ¿La conoce usted? ¿La había visto antes?

—No... No, no, se lo juro.

—Oiga, ¿a usted no le parece que ése es un cuento un poco difícil de tragar?

—¡Es la verdad!

—Pues mire, no nos lo creemos, ya ve usted. Así que vamos a empezar otra vez con los guantazos, que parecen gustarle. ¡Y ahí va el primero de la segunda serie!

¡Plaf!

Casi la hicieron pasar por encima del respaldo del sillón. La cosa iba completamente en serio, desde luego, porque a fin de cuentas, incluso tipos como Penbroke y Stillman debían estar ya más que hartos de cuentos de enanitos, Loretta Potters comenzó a volar de nuevo por las regiones de la inconsciencia. Se sintió asida por los cabellos, y puesta de nuevo en pie.

—¿No quiere decirnos de dónde sacó las orejas? —Gruñó Penbroke.

—Amigo —dijo una voz tras él—, usted es un retrasado mental. ¿De dónde quiere que una persona saque sus orejas? ¡Pues del mismo sitio de donde lo sacó todo, esto es, del vientre de su madre!

Penbroke se volvió, y el espanto le hizo soltar a Loretta, que cayó de rodillas al suelo. Un espanto auténtico, porque, justo al volverse, vio lo que aquel gigantesco desconocido hacía con Stillman: lo tenía asido con una mano por la garganta, y con la otra formando un puño grande como un batiscafo, le estaba sacudiendo en plena cara con una indiferencia alucinante..., pero contundente, porque se oía el crujir de los dientes de Stillman, como si fuesen galletas muy secas.

Ante el pavoroso espectáculo, Penbroke, parcialmente recuperado, hizo lo mejor que se le ocurrió: metió la mano derecha bajo el sobaco izquierdo, y comenzó a sacar la pistola.

Solamente comenzó...

Lo primero que se le vino encima fue su compañero Stillman dando la vuelta de tal modo que vio su rostro, convertido en un manchurrón de sangre, y con varios pedazos de dientes incrustados en las mejillas.

Luego, vio al tipo aquél dando un paso hacia él...

Y ya no vio nada más. El primer trastazo lo levantó del suelo como si fuese un globito, y después de lanzarlo casi hasta el techo, dio con él en tierra, de espaldas.

—¿Se ha hecho usted daño? —Oyó.

Una mano le asió, por alguna parte, y pensó que de nuevo iba a volar. Pues no. No voló, porque una mano cruel se lo impidió, mientras otra mano aún más cruel se hundía en su cara, abierta... Fue una bofetada espantosa, como de otro mundo, que le machacó la mejilla y le torció el cuello de tal modo que muy bien podía ser de goma... Al regreso, recibió otra bofetada igual, que le metió la oreja en el peinado, y le hizo polvo la trompa de Eustaquio... Allí debía haber una tormenta: era como si estuviese tronando, Al menos, dentro de su cabeza.

El siguiente golpe, le envió la nariz a unirse con las amígdalas, mientras un chorro de sangre saltaba de los orificios, como un furioso surtidor.

Luego, entre negras brumas, Penbroke vio aquel puño enorme delante de su rostro. Sólo con verlo, se le aflojaron las piernas, se le paralizó la circulación de la saliva, se le cerraron los ojos... De muy lejos, oyó:

—Pues vaya porquería de gente... Algunos como éstos quisiera ver en el *ring*, sí, señor.

¡Bom!, cayó Penbroke al suelo, soltado por la mano que, ahora, se había mostrado magnánima. Estaba y no estaba en este mundo, pero sí estaba lo suficiente para darse cuenta de que le quitaban la pistola. Abrió medio ojo, y vio a aquella especie de elefante inclinado sobre Stillman, al que también le quitó la pistola.

Luego, el elefante fue hacia Loretta Potters, la alzó en brazos, y fue a depositarla en el sofá.

—Señorita Potters... ¿Señorita Potters? ¡Señorita Potters! ¡Se lo advierto, si no abre los ojos la voy a besar otra vez!

El elefante se inclinó más sobre la muchacha, y Penbroke oyó el chasquido de un amistoso beso facial: ¡chuik!

—Anda... Pues es verdad que está desvanecida, o habría gritado de terror.

Penbroke se apresuró a cerrar el medio ojo cuando el gigante comenzó a volver la cabeza hacia él. Oyó los pasos hacia él, y eso le

ocasionó un escalofrío; se detuvieron a su lado, Luego, se notó asido por la ropa, y dio media vuelta impulsado por aquellas manos de hierro, que lo dejaron cara al techo. Penbroke no sabía si respirar o no; lo único que sabía con toda certeza era que no quería que le volviera a pegar, así que, aunque no pudo evitar seguir respirando, sí permaneció inmóvil, como si estuviera desvanecido. Le quitaron la billetera, pasaron unos segundos, y se la volvieron a colocar en el bolsillo.

Luego, pom, pom, pom, los pasos se alejaron. Volvió a abrir el ojo, y vio al tipo aquél acucillado junto a Stillman, repitiendo la operación billetera. En aquel momento, el gigante estaba de espaldas a Penbroke, pero ni por un instante tuvo éste la idea de atacarlo; tenía la seguridad de que sólo conseguiría que acabase de romperle la cara y unos cuantos huesos.

El gigante se incorporó de nuevo, y regresó junto a la señorita Potters. La estuvo contemplando unos segundos. Después, fue hacia el dormitorio..., y Penbroke vio el cielo abierto. Miró hacia Stillman, y le vio mirando también hacia la puerta del dormitorio, por donde había desaparecido el gigante. Finalmente, se encontraron mirándose uno a otro, como dos conejitos que, creyéndose acorralados, encuentran un agujero por donde escapar.

Se pusieron en pie, y, cojeando y con las caras rotas, echaron a correr hacia la puerta, salieron del apartamento, y se lanzaron escaleras abajo.

Mientras tanto, Jake Faynman estaba plantado en el centro del dormitorio, a los pies de la cama. Tenía las manos en la cintura, el ceño fruncido, y su mirada se iba desplazando por toda la habitación, como si estuviese buscando algo determinado. Fue al armario, lo abrió, abrió algunos cajones, removió cuidadosamente la ropa, lo cerró de nuevo, y se dedicó a mirar en la mesita de noche. Luego, debajo de la cama, debajo de los sillones, detrás de los cuadros...

Regresó al saloncito, echó un vistazo circular, y se fue directo a la librería... Tardó menos de quince segundos en localizar el receptor y la grabadora que funcionaba simultáneamente. Parpadeó, como sorprendido. Recuperó la cinta de la grabadora, encendió un cigarrillo, y se dedicó a escuchar, con el tono muy bajo... Ni siquiera parecía recordar que poco antes había habido allí dos

hombres a su merced. Era como si no hubiesen existido.

Terminada la audición, que no pareció interesarle ni poco ni mucho, lo dejó todo tal como lo había encontrado, y volvió junto a Loretta Potters, para darle un par de cachetitos en verdad cuidadosos.

—Señorita Potters... Señorita Potters...

Loretta tardó todavía casi medio minuto en poder fijar su mirada. Reconoció a su vecino de apartamento, lanzó un gritito, y se sentó en el sofá, mirando asustada a todos lados, con los ojos muy abiertos.

—Se fueron ya —dijo Faynman.

—¿Qué..., qué hace usted aquí...?

—Vine a pedirle una taza de azúcar prestada.

—¿Qué..., qué...?

—¿Se encuentra bien? —Faynman parecía muy solícito, incluso preocupado—. Yo mismo podría saber si tiene algún hueso roto, pero no quisiera manosearla... sin su permiso.

—Creo..., creo que me encuentro bien, sí...

—Póngase en pie y procure caminar. Si todo lo que tiene es la cara como una amapola, no pasa nada. Pero si hay algo roto la llevaré a un hospital... Permítame ayudarla.

La ayudó a ponerse en pie, y la sostuvo mientras Loretta daba unos pasos.

—Estoy bien —murmuró ella—. Sí, estoy bien.

—Me alegro muchísimo. ¿Les debía usted dinero?

—¿A quiénes...?

—A los dos tipos que la estaban vapuleando.

—¿Dónde están?

—Pues verá usted: cuando nos despedimos, yo tenía intención de ir por ahí a divertirme, pero después de rodar un poco con mi coche casi nuevo, me dije que resultaba aburrido, así que emprendí el regreso. Tenía pensado escuchar un poco de música... ¿Sabe qué pasa? Que como la música es ciega, pues suena igual para mí que para todos, esto es, que no suena peor porque sea yo quien la escuche. Conque me vine para aquí, y cuando me disponía a entrar en mi apartamento oí ruidos en el de usted. Me vine para aquí, empujé la puerta, y entré. Entonces, ¿qué es lo que vieron mis ojos?: ¡dos tipos grandotes aporreando a mi encantadora vecinita!

Así que hice de Salchichero Faynman. ¿Comprende?

—¿Les... les pegó usted...?

—Psch. Sólo les di un par de guantazos. Es lástima que en un descuido se me hayan escapado, porque podríamos haberlos entregado a la policía, ¿no le parece?

—Usted..., usted me ha salvado la vida...

—Vamos, vamos, no exagere... Seguramente, sólo querían que usted les entregase una fotografía suya en bikini. Debe ser algo fabuloso. Aunque quizá no tiene ninguna.

—Sí... Sí tengo algunas, sí...

—¿Qué me dice? Mi madre, qué carita más hinchadita le han dejado, pobrecita mía —la apretó contra su pecho, y le dio unas palmaditas en las espalda—. Hala, hala, no ha sido nada. ¿Sabe cómo podríamos olvidar este desagradable incidente?

—¿Cómo?

—Podríamos ir a tomar algo por ahí. A menos que todavía tenga usted más cosas que hacer esta tarde.

—No, pero..., pero no tengo deseos de salir. Tengo que quedarme aquí, señor Faynman.

—¿Sí? Bueno, le diré una cosa: los dos tipos que la golpearon llevaban pistolas, véalas —sacó una de cada bolsillo de la chaqueta, y las volvió a guardar—. Si yo fuese usted, y considerando que esa clase de gente no suele ser amistosa después de recibir una paliza, lo que haría, y cuanto antes, sería levantar el vuelo.

—¿Quiere decir que pueden... volver?

—Apuesto a que tienen más pistolas, y algunos amigos que se sentirán encantados de venir por aquí a hacernos una entrevista.

—Oh... ¡Oh, Dios mío, querrán matarlo a usted...!

—Por favor, no me asuste —abrió mucho los ojos Faynman—. ¡Eso no se me había ocurrido!

—Sí, sí... Ellos creen..., creen que yo tengo algo que ver con... ¡Tenemos que marcharnos de aquí los dos inmediatamente, señor Faynman!

—¡Corramos! —exclamó Jake.

—¡No! Tengo..., tengo que recoger una cosa...

—¿El piano?

Loretta corrió hacia la librería, abrió el cajón donde tenía el equipo de escucha, y comenzó a sacarlo de allí. Faynman apareció

tan silenciosamente a su lado que la hizo respingar.

—¿Y eso qué es? —preguntó.

—¡Ayúdeme a desmontarlo todo de aquí! ¡Tenemos que llevárnoslo! ¿Todavía tiene su coche o lo dejó ya en el taller?

—Ya le dije que hasta dentro de dos días no me toca el turno: está abajo, desde luego.

—Nos iremos en su coche, porque el mío lo conocen... ¡Tenemos que escondernos!

—Sí, sí... ¡Huyamos! Oiga, si tuviese usted una maleta pequeña podríamos meter todo esto dentro, y así lo transportaríamos más fácilmente, ¿no le parece?

—Tengo una en el armario.

—Pues voy a por ella.

Dos minutos después, todo el equipo estaba debidamente colocado en la maleta. Faynman la cerró, y cargó con ella.

—¿Se le ocurre algún sitio adonde podamos ir a escondernos? —preguntó.

—No... No.

—¿Qué le parece el Departamento de Policía? En una buena celda estaremos seguros...

—¡No! ¡La policía, no...!

—Pues sería lo más razonable —susurró Faynman—. Claro que si usted tiene algo que temer de la policía...

—No, no. Es que... ¡Se lo explicaré todo por el camino! ¡Vamos a su coche!

—Bueno —aceptó Jake Faynman.

CAPÍTULO V

Jake Faynman se quedó mirando en silencio la brasa de su cigarrillo durante unos segundos. Luego, lo metió en el cenicero, y se pasó una mano por la barbilla, pensativo.

—¿No me cree? —susurró Loretta.

El púgil la miró amablemente. Allí, estacionado el coche cerca de un pequeño parque, apenas llegaba la luz, de modo que veía el rostro de Loretta Potters como una mancha clara en la oscuridad del interior del vehículo.

—¿Por qué no habría de creerla? Lo que pasa es que considero que todo esto deberíamos decírselo a la policía. Mejor aún, al FBI, puesto que ha habido un rapto.

—Pero es que yo..., yo quisiera conseguir pruebas contra Alexander Jaffa, y en estas circunstancias él quizá haga algo que le comprometa. En cambio, si avisamos a la policía, el señor Jaffa tendrá que limitarse a aceptar su ayuda, y ya no hará nada... comprometedor.

—¿Y qué cree usted que puede hacer que le comprometa? Quiero decir, aparte de enviar a dos matones a maltratarla... Claro que con eso no se le podría molestar demasiado. ¿Qué sugiere, señorita Potters?

—No sé... Supongo que tendríamos que encontrar un lugar seguro donde instalar mi aparato, y entonces quizá escuchásemos cosas que pudiesen ayudarme a ponerlo en manos de la ley.

—Elogiables propósitos los suyos. Bueno, yo sé de un lugar donde seguramente estaríamos tranquilos, y podríamos instalar todo eso. ¿Quiere que vayamos allá?

—Sí... ¡Sí, sí!

—Bueno.

Tardaron apenas quince minutos en llegar. Estaba en las afueras de la población, y ya desde lejos, las luces de su anuncio destacaban en la noche. Cuando Jake detuvo el coche delante, Loretta se volvió a mirarlo, sorprendida.

—¿Es aquí? —preguntó.

Faynman miró hacia la fachada de aquel edificio que constaba solamente de dos plantas, y que estaba rodeado de jardín. Delante se veían algunos coches estacionados, que relucían en color rojo debido al gran corazón de tubos de neón que se encendía y se apagaba. Debajo del corazón, unas letras, también luminosas, componían las palabras Loving Club.

—¿No le gusta el sitio? —preguntó a su vez Jake.

—Pero..., pe... pero esto... es un club...

—¿No había estado nunca antes aquí?

—No, nunca.

—¿Está segura?

—Claro... Le noto a usted algo extraño, señor Faynman...

—Debe ser que me he convertido en otro hombre desde que la besé. Fue usted muy amable al autorizarme a hacerlo.

—¡Yo no le autoricé! Usted..., usted interpretó mal mis palabras. Lo que yo quise decir es que sí era posible que una chica se quisiera casar con usted, y se dejase besar y... y todo eso... ¡Pero no quise decir que esa chica fuese yo!

—Me deja usted anonadado... Creo que necesito un trago. La invito al Loving Club.

—Pero tenemos que buscar un sitio donde instalar todo esto.

—Lo encontraremos muy pronto. Venga.

Salíó del coche, lo rodeó, abrió la portezuela del otro lado, y tomó de un brazo a Loretta. Sin soltarla, caminaron hacia la entrada del Loving Club. Había una gran puerta de cristales opacos, que Faynman abrió, cediendo el paso a la muchacha. Entonces, se encontraron en un pequeño vestíbulo cerrado. Frente a la puerta de la entrada había otra, de madera, muy adornada, pero de aspecto muy sólido. Y delante de esa puerta, una mujer joven, de largos cabellos rubios, vestida más o menos como una azafata y que llevaba un gracioso gorrito, la cual se les quedó mirando fijamente, de modo especial a Faynman.

—Hola —sonrió éste—. ¿Cómo estamos de tragos en este

encantador lugar?

La mujer pareció ignorarlo entonces, y miró a Loretta.

—¿Es usted miembro? —preguntó.

—¿Qué?

—Le pregunta que si es usted miembro del Loving Club —colaboró Jake—. Le diremos a esta señorita que ninguno de los dos lo somos..., pero nos vamos a inscribir ahora mismo. Si nos indica dónde podemos ir para...

—En este club, señor —cortó la conserje—, no se admiten hombres.

—Atiza —quedó estupefacto Faynman—. ¿Pues qué admiten ustedes? ¿Vacas?

—Mujeres.

—Ah... Sí, claro... Hay hombres y mujeres, es cierto... No se me había ocurrido. Bien, pero el caso es que nosotros sólo queríamos tomar un trago... Estaremos apenas cinco minutos, y somos personas muy formales...

—Lo siento, señor. La señorita puede entrar, para interesarse por los estatutos del club, pero usted no puede cruzar esta puerta. Le advierto que tenemos permiso legal para este club exclusivo para damas, y que si llamamos a la policía...

—Basta, basta, la creo... No es mi intención crear problemas a nadie, jovencita. Bueno, señorita Potters, será mejor que entre usted sola a interesarse por esos estatutos.

—Pero, señor Faynman, a mí no me interesan esos estatutos, ni este club. Será mejor que vayamos a cualquier otro lugar, eso es todo.

—De acuerdo. Pero ya que estamos aquí, usted no tendrá inconveniente en hacerme un pequeño favor, ¿verdad? Vea, tengo una hermana que es casi tan alta como yo, así que siempre ha tenido problemas para llevar una vida... normal. Resulta que todos los hombres que se le acercan le llegan por la nariz, y eso no les gusta a ellos... Bueno, ¿para qué cansarla? El resultado final es que mi hermana tiene ahora un complejo terrible contra los hombres, y no quiere tratos con ninguno... Se me está ocurriendo que quizá la pobre Betsy estaría bien en un club como éste, donde solo hay mujeres... No sé si me he explicado bien...

—Usted quiere que yo entre a enterarme de las condiciones para

que su hermana pudiese ingresar en el Loving Club.

—¡Exacto! ¿Le molestaría hacerlo, señorita Potters? Quizá, sin proponérmelo, haya encontrado la solución al problema de mi pequeña Betsy... ¿Lo hará por mí? ¿Por favor?

—Claro que sí, señor Faynman. —Loretta miró a la conserje—. ¿Dónde puedo informarme?

—Pase, y adentro la atenderán. El caballero tiene que esperar afuera. Son las normas, señor. Lo siento.

—No hay problemas —alzó Faynman una mano, en son de paz—. La espero en el coche, Loretta.

—Muy bien.

Jake Faynman salió del Loving Club, fue al coche, y se sentó ante el volante. Encendió un cigarrillo, miró su reloj, y luego se dedicó a ir mirando las ventanas de la casa donde había sido, instalado el curioso club sólo para damas. No se veía luz en ninguna ventana, ni del piso alto ni de la planta. Solamente el farolillo que pendía en la entrada, y el gran corazón palpitante, sobre las letras.

Terminó el cigarrillo, y comenzó a golpear con los dedos sobre el volante. Miró de nuevo su reloj.

—Pues vaya...

Diez minutos más tarde, Jake Faynman empezaba a estar arrepentido de haber dejado entrar sola a Loretta Potters en el Loving Club. Otros cinco minutos más tarde, ya definitivamente preocupado, se apeó, y fue hacia la entrada del club. Empujó la puerta de cristales opacos, y entró en el pequeño vestíbulo..., que ahora estaba a oscuras y solitario. La bella mujer rubia había desaparecido.

Durante un par de segundos, Jake Faynman quedó como clavado al suelo, iluminado a intervalos por el resplandor del letrero del exterior, y del corazón que se encendía y se apagaba.

—Dios... —Se estremeció.

No tuvo dificultad en llegar hasta la puerta de madera, que empujó, no muy convencido. Pero la puerta se abrió... Allá dentro, todo era oscuridad. Oscuridad y silencio.

—Loretta —llamó, con voz un tanto crispada—. ¡Señorita Potters!

Silencio.

Entró. Dio dos o tres pasos, mientras metía la mano derecha en

el bolsillo de aquel lado de la chaqueta, tocando la pistola. Tenía dos pistolas, pero se preguntó de qué podrían servirle en aquella oscuridad.

—¡Loretta! —volvió a llamar.

¡Blam!, se cerró la puerta de madera tras él. Se volvió como un relámpago, saltó hacia la puerta, y su mano izquierda buscó el pomo, mientras la derecha empuñaba con fuerza la pistola... Encontró el pomo, lo movió..., y la puerta continuó cerrada. Se pasó la pistola a la mano izquierda, y probó con la derecha. Nada. La puerta estaba cerrada, eso era todo. Volvió a pasarse la pistola a la mano derecha, y colocó la boca del cañón en la cerradura. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando, de pronto, las luces se encendieron, en abundancia tan cegadora que Jake Faynman no pudo evitar la acción refleja de sus párpados, cerrándose fuertemente.

Justo en el momento en que le arrebataban la pistola de la mano, oyó la voz femenina, exclamando con falso entusiasmo:

—¡Mirad..., es un hombre!

—¡Ooohhh...! —corearon otras voces femeninas—. ¡Un hombre! ¡Sí, sí, es un hombre! ¡Un hombre muy grande y muy fuerte! ¡Es un hombre...! ¡Es... un... hombre, es... un... hombre, es... un... hombre...!

Faynman retiró la mano izquierda de delante de sus ojos y se atrevió a separar un poco los párpados. Resistió la luz, y los abrió un poco más, acostumbrándolos rápidamente a la intensa iluminación. A su lado ya no había nadie, así que ni siquiera sabía quién le había arrebatado la pistola. Pero, al parecer, aquellas personas ignoraban, a su vez, que él disponía de otra...

De sorpresa en sorpresa.

Estaba, sencillamente, en un club. No se le podía definir de otra manera: un mostrador muy limpio tras el cual había una linda camarera que le contemplaba risueña, unas cuantas mesas con sillas alrededor, un espacio ocupado por confortables sillones y grandes sofás, buenas alfombras... Un sitio muy agradable para ir a tomar unos tragos tranquilamente y conversar con los amigos.

Sólo que allí, en efecto, todo eran mujeres. Había por lo menos quince o veinte mujeres. Delante de la camarerita había dos, de pie ante el mostrador, sosteniendo sendos vasos. Las demás, estaban

sentadas... Unas, en los sillones, y otras alrededor de las mesitas, en las que se veían naipes, botellas y vasos, cigarrillos... La sorpresa habría desaparecido completamente si Jake Faynman, de pronto, no se hubiese dado cuenta de una cosa que aún le sorprendió más: todas las mujeres que habían allí estaban maquilladas del mismo modo.

Hasta el punto de que, de no haber sido por el color de los cabellos, le habría parecido que todos los rostros eran idénticos. El maquillaje era, desde luego, exagerado. Los ojos estaban tan profusamente pintados de azul que parecían antifaces; las mejillas mostraban un tono terroso; los labios estaban pintados en forma de corazón, muy mimosito el dibujo...

Y de pronto, Jake Faynman sonrió.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba impaciente por la tardanza de mi amiga, la señorita Potters, y temo que he... violado su intimidad.

—Qué hombre tan amable —dijo la camarerita.

—Sí —dijo otra que tenía unos naipes en la mano—, es un hombre muy amable. De los que a nosotras nos gustan, ¿verdad, chicas?

—¡Sí! —Se alzó el coro de voces—. ¡Es un hombre muy amable, de los que a nosotras nos gustan! ¡Es un hombre muy amable..., es un hombre muy amable, muy amable, muy amable!

Jake intentó sonreír de nuevo, pero se dio cuenta de que lo único que había conseguido era llevar su boca hacia una de sus orejotas.

—Les ruego que me perdonen —insistió—. Si me indican dónde puedo recoger a mi amiga, nos iremos de aquí ahora mismo.

—¿Y por qué se ha de marchar? —saltó una de las socias del Loving Club—. ¡Yo voto porque se quede!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Votamos que se quede, Votamos que se quede, votamos que se quede —elevó su cántico el coro.

Jake no sabía si echarse a reír o salir de allí corriendo. Optó por rascarse la coronilla, mientras apretaba su boca en un gesto que por fuerza tenía que resultar simpático.

—Bueno —dijo—, realmente...

—¿No quiere tomar un traguito con nosotras? —le invitaron las dos que habían en el mostrador.

—Bueno...

—Pero, queridas —dijo una de las que estaban en la parte de los sillones—, ¡no es correcto tener de pie a un invitado! Por favor, señor Hombre, venga usted a sentarse aquí.

—Se lo agradezco, señora, pero...

—¡No puede usted despreciar nuestra invitación! ¡Eso sería incorrecto!

—Bueno, es que...

—Oh, vamos —una de las que estaban jugando se levantó, fue hacia él, y se tomó de su brazo, aplastando cariñosamente sus senos contra la musculatura de Jake—, no sea usted tan tímido, señor Hombre... ¡Venga a sentarse con nosotras!

—Yo sólo quisiera...

—Su amiga no tardará. ¿Qué tiene de malo que usted tome una copa con nosotras?

—Pues...

—¡Ha aceptado! —gritó con alegría infantil la mujer—. ¡Ha aceptado, chicas!

—¡Qué hombre tan atento!

—¡Qué hombre tan atento, qué hombre tan atento, qué hombre tan atento...! —cantó el coro.

La verdad era que Jake Faynman comenzaba a pasar del desconcierto al mosqueo. Sí, señor, estaba ya mosqueándose más de la cuenta, porque la actitud burlona de aquellas mujeres iba estando más y más clara... No obstante, cuando se dio cuenta estaba sentado en uno de los grandes sofás, y con la chiquita cariñosa sentada en sus rodillas y abrazada a su cuello.

—¡Qué nariz más extraña tiene...! —exclamó la mujer.

—¡Parece de goma!

—¡Vamos a tocársela, vamos a tocársela...! ¡Oh, sí, sí, sí, parece de goma!

—Parece de goma, parece de goma, parece de goma... —Apoyó el coro con su cántico.

—Oigan —farfulló Jake—, ya me están fastidiando. Si tienen ganas de burlarse de alguien, vayan en busca de sus papás, nenas.

¡Y dejen de tocarme las narices!

—¿Y por qué?

—Vamos, vamos, seamos serias... Somos señoritas de compañía, no mujeres vulgarotas. Estoy segura de que ésa es la impresión que tiene el señor Hombre de nosotras... ¿Verdad, señor Hombre?

—Miren, guapas... —comenzó a farfullar Jake.

—¿No le gusta la compañía de las señoritas de compañía?

—Pues...

—¡A todos los hombres les gustan las señoritas de compañía! ¿Verdad, chicas?

—¡Sí, sí, sí! —cantó el coro—. ¡Sí, sí, sí! ¡Sí, sí, sí!

—¡Qué tantos demonios! —aulló Jake, poniéndose en pie y derribando al suelo a la cariñosa señorita de compañía que había estado en sus rodillas—. ¡Ya me tienen harto de esta idiotez! ¡Acabemos!

—Chicas, el señor Hombre quiere que acabemos.

—¡Pues acabemos, acabemos..., acabemos... con él!

Jake respingó con tal fuerza que se atragantó cuando en cada roano femenina apareció de pronto un reluciente cuchillo, que lanzó reflejos hacia aquellos rostros tan profusamente pintarrajeados, y que, en aquel momento, le parecieron máscaras demoníacas...

No tuvo mucho tiempo para analizar la situación, porque el grupo de mujeres se le echó encima, blandiendo los cuchillos, lanzando espantosos gritos, escupiéndole, chillando como enloquecidas... Sí Jake Faynman hubiese tardado en reaccionar un segundo más, lo habrían descuartizado en un santiamén.

Pero, por fortuna, su reacción llegó a tiempo. Lo primero que hizo fue saltar hacia atrás, de modo que pasó por encima del sofá y cayó al otro lado, de cabeza. Pero como si nada. Se puso en pie de un salto, metió la mano izquierda en el bolsillo, y sacó la otra pistola. Estaba blanco como el papel, pero su mano apuntó con firmeza hacia el grupo de mujeres, que estaban escalando el sofá... Parecían... como una marea, como un gran montón de lava que nada podría detener, y no dejaban de gritar, de aullar...

—¡Quietas! —aulló también Faynman—. ¡Quietas o disparo!

No le hicieron el menor caso.

El gran montón de lava continuó rodando hacia él, erizado de

cuchillos. Jake se mordió los labios, vaciló... Dos mujeres llegaron tan cerca de él que se decidieron a lanzar las primeras cuchilladas. Jake lanzó un grito cuando una de las puntas pasó rozando su mejilla derecha, y al mismo tiempo, lanzaba un manotazo que alcanzó a la mujer en los senos, y la tiró sobre las demás como si fuese una gigantesca muñeca rota. Se giró hacia la otra, y tras oscilar el torso hacia atrás para esquivar la cuchillada, la derribó de una bofetada tremenda que la hizo saltar por encima de un sillón..., mientras otras tres caían sobre la espalda de Jake Faynman, lanzando feroces puñaladas, que arrancaron un grito de dolor al señor Hombre...

Uno de los cuchillos, dirigido hacia su nuca, pasó rozando un lado del cuello. Otro dio de punta justo en el omóplato, y el tercero fue a hundirse en las costillas de Jake Faynman, en el lado izquierdo, aunque sólo unos milímetros, pues Jake ya se había vuelto lanzando un feroz codazo que alcanzó a las tres mujeres cuando lo terminó extendiendo el brazo.

Y a partir de ese momento, no se anduvo con contemplaciones de ninguna clase. Igual que un gorila acorralado por aullantes micos, Jake Faynman comenzó a repartir porrazos a diestro y siniestro, sin preocuparse por nada, excepto por repartir los porrazos lo más rápidamente que podía, incluso utilizando la pistola, que se resistía a utilizar como arma de fuego, pese a saber que en cuanto lo hiciese las cosas le resultarían mucho más fáciles. Pese a no disparar, muy pronto quedó bien claro cómo iba a terminar aquello: vencería el señor Hombre, cuyos golpes eran de una contundencia escalofriante. Bofetada tras bofetada, iba derribando a las mujeres, algunas con un brazo o la muñeca rota, otras con la nariz hecha papilla por el directo recibido.

Pese a los estragos de aquella máquina de golpear, la jauría no se daba por vencida, y atacaba una y otra vez. Parecían enloquecidas o drogadas... Cada vez que Faynman incrustaba sus manazas en aquellas carnes tiernas y débiles le parecía que estaba haciendo algo en verdad repugnante, pero al instante siguiente un cuchillo le pinchaba en un brazo, o en la espalda, pasaba rozando su cara...

No.

No podía tener piedad de ninguna clase, porque en cuanto

cediera lo más mínimo, lo coserían a puñaladas.

Y así, Salchichero Faynman continuó repartiendo bofetadas, puñetazos, puntapiés, codazos y golpes con la pistola a diestro y siniestro..., hasta que, de pronto se dio cuenta de que era la única persona que se mantenía en pie en la sala principal del Loving Club.

Se quedó jadeante, oscilando, girando velozmente sus ojos de un lado a otro, esperando la nueva acometida..., pero nada sucedió. Desparramadas por toda la sala, yacían las señoritas de compañía, la mayoría desvanecidas, otras gimiendo... Durante medio minuto, Faynman estuvo allí como clavado al suelo, recuperando el aliento aunque, en aquellos momentos, no sentía herida alguna...

Por fin, se volvió..., y lanzó un alarido al verse reflejado en el espejo de detrás del mostrador. Tenía el traje hecho jirones, y lleno de manchas de sangre, lo cual sucedía también con sus manos y su rostro.

—Por Dios —jadeó—. ¡Por Dios!

Se fue dando bandazos hacia el mostrador, pasó detrás, encontró el grifo, y se lavó la cara y las manos, conteniendo gritos de dolor. Y de pronto, alzó la cabeza vivamente. ¡La había olvidado!

—Loretta... ¡Loretta! —gritó.

Echó a correr hacia la puerta del fondo, la abrió, y se encontró en otro vestíbulo, del cual partía la escalera hacia el piso de arriba, Se lanzó por las escaleras a toda velocidad, subiéndolas de cuatro en cuatro, de modo que llegó al pasillo de la planta alta en tres segundos.

—¡Loretta! ¡Señorita Potters!

De un patadón abrió la primera puerta que encontró en el pasillo, casi arrancándola de los goznes. Localizó el interruptor, encendió la luz, y lanzó gruñido al ver la habitación vacía. Regresó al pasillo, localizó el interruptor de allí, y dio la luz. Derribó otra puerta con otro patadón, dio un par de pasos hacia dentro..., y se detuvo tan bruscamente que casi cayó de rodillas.

No... No podía ser cierto lo que estaba viendo al resplandor de la luz del pasillo...

Se volvió, y encendió la luz de aquel cuarto. Cuando de nuevo miró hacia la cama que quedaba más enfrente de la puerta, supo que antes había visto perfectamente. Retrocedió un paso, notando un zumbido en las sienes, un extraño frío en todo el cuerpo, una

presión de náuseas en el estómago... Se volvió, se apoyó en la pared, y por un instante creyó que iba a vomitar. No llegó a suceder, pero estuvo muy cerca.

—Dios mío —tartamudeó.

Guardó la pistola, y se pasó las manos por el rostro, que notó frío, tan helado como pudiese estarlo el mismísimo hielo. Luego, más preparado, se volvió a mirar hacia las dos camas. En cada cama había un hombre. Y entre las dos, de pie, colgando del techo por medio de un alambre que rodeaba su cuello, había otro hombre, éste sin orejas. Pero no eran sólo las orejas lo que les faltaba a los tres, que estaban cosidos a puñaladas, destrozados, mutilados... la visión más horrenda era la del cadáver que colgaba del techo por medio del alambre que casi había seccionado completamente el cuello.

Jake Faynman se dijo que no conocía a ninguno de los tres. O, por lo menos, no los reconocía.

Se acercó al armario, y lo abrió. Allí había ropas de hombre colgadas. Quizá encontrase también algunos documentos... Retiró un traje de una percha, tomó una camisa, una corbata... Jake Faynman se resistía a admitir la verdad de su actitud, de su deliberada pérdida de tiempo: estaba retrasando todo lo posible la continuación de la búsqueda de Loretta Potters, porque temía encontrarla en un estado parecido al de aquellos tres hombres. Ésa era la verdad, eso era lo que estaba haciendo, intentando engañarse a sí mismo...

—¡Bruuúmmm!, le llegó de pronto el zumbido de un motor al ser puesto en marcha.

Sobresaltado, corrió hacia la ventana, la abrió de un tirón, y se asomó... Sólo llegó a tiempo de ver desaparecer, por el otro lado de la casa, la parte de atrás de una furgoneta.

Salió del cuarto a toda velocidad, bajó a la planta, pasó por entre las señoritas de compañía, algunas de las cuales comenzaban a incorporarse, gimiendo, y salió del Loving Club, directo hacia su coche, mientras, alejándose, veía las luces rojas de posición de la furgoneta.

Corrió hacia el coche, abrió la portezuela...

La explosión fue tan potente que la onda expansiva golpeó a Jake Faynman en la espalda como si fuese una mano gigantesca que

lo metiese dentro del coche de un empujón tan fuerte que lo tiró de cara contra la ventanilla del otro lado..., mientras por detrás de Faynman, el Loving Club saltaba convertido en polvo y astillas, envuelto en una roja llamarada que en seguida se convirtió en una negra bola de humo que ascendió hacia el estrellado cielo...

* * *

—Je, je —rió Hazel Shelman, con la mirada fija en el espejo retrovisor del guardabarros, en el que se veía simplemente una mancha roja—. ¡Je, je, je! ¡Qué hermosa explosión, querida!

Al volante de la furgoneta que se alejaba del Loving Club, Dorothy Fekker asintió, sonriendo.

—Es una lástima, pero teníamos que hacerlo. Ahora buscaremos un sitio más tranquilo, donde convenceremos a esa chica tan tozuda para que nos diga la verdad.

—Yo creo que ha dicho la verdad —murmuró Hazel, todavía con la mirada fija en el retrovisor, donde se reflejaba el resplandor del incendio final, ya muy lejos—. El que debía saber algo era el hombre. Aunque quizá vinieron al club por casualidad...

—No seas tonta —negó Dorothy—. Nada de casualidades: ese hombre, o la chica, sabían algo, y por eso han venido al club.

—Ella dice que fue él quien quiso venir, que no sabe nada de lo que le preguntamos.

—Pues así será, seguramente. Quizá él pudo seguir esta tarde a Ophelia, cuando estuvo en la villa de Jaffa para entregar la caja. Sea como sea, ni ese hombre, ni los demás, nos molestarán más.

—Lo de matar a ese hombre haciendo estallar la carga, me parece bien, pero... quizá no debimos matar a las señoritas de compañía, Dorothy.

—Tonterías... Ya no nos sirven de nada. Ni tampoco Britton y Amberson. Lo que queda por hacer, podemos hacerlo solas, con Ophelia.

—Pero también hemos matado a Delbert Koster... ¿Qué le diremos a Alexander Jaffa si nos pide que le devolvamos a su yerno?

—Jaffa se preocupará sólo de su hija, ya lo verás. Y deja de preocuparte: hemos pasado mucho tiempo planeándolo todo para

tener la seguridad de que saldría bien, y así será. Echa un vistazo atrás, a ver si todo está bien ahí.

Hazel Shelman asintió. Se volvió, descorrió la pequeña compuerta que separaba la cabina de la caja de la furgoneta, y llamó:

—¡Ophelia!

La luz de la caja se encendió, y la enana Ophelia saltó hacia la pequeña compuerta, asomando su feo rostro, su gran cabeza adornada con encantadores bucles infantiles.

—¿Qué ocurre?

—Dorothy quiere saber si todo está bien ahí atrás.

—Claro que sí... Esa chica está bien atada y amordazada... Además, está tan asustada que no haría nada aunque tuviese las manos libres. ¿Habéis visto la explosión?

—Sí, más o menos...

—Qué bien ha quedado, ¿verdad? —exclamó gozosamente la enana Ophelia—. Y eso que tuvimos poco tiempo para colocar los explosivos desde que llegaron la chica y el gigante... Menos mal que él esperó bastante en el coche, y luego lo entretuvieron las señoritas de compañía...

—Sí, pobrecillas.

—¿Pobrecillas? Ya sabíamos que a ellas y a Britton y Amberson los íbamos a matar, ¿no es así? Todo ha salido bien... Ya verás como dentro de muy poco tendremos los tres millones de dólares...

—En realidad, Ophelia, todo va a depender de ti.

—Oh, no... Sabemos muy bien que Alexander Jaffa pagará ese dinero por su hija, Hazel.

Hazel Shelman asintió con un gesto, mientras murmuraba:

—Es que yo no me refería sólo al dinero, Ophelia...

CAPÍTULO VI

Esley Sharky propinó un puntapié un tanto despectivo a la maleta que contenía los tres millones de dólares. Luego, se quedó mirando a Stillman y Penbroke, que yacían como monigotes sentados juntos en el sofá. Movi6 la cabeza como admirándose de que algunas cosas pudiesen suceder, y luego comentó:

—Y todo eso, un solo hombre.

—¡No era un hombre! —protestó vivamente Stillman.

Sharky puso cara de interés.

—¿No? Quizá entendí mal antes vuestras explicaciones... ¿Qué era, entonces?

—Era... era... ¡una bestia! ¡Un monstruo gigantesco! ¡Esley, te lo juro!

—Ya... Y, claro, debía llevar un cañón colgado del cuello. O algo parecido.

—No... No llevaba armas.

—Más vale que cierres la bocota —farfulló Penbroke.

—¡Pero es que aquel tipo no era un hombre...! Era más grande que tres de nosotros. Me cogió por el gaznate como si yo fuese un espárrago, y me...

—Que te calles, imbécil. Era un hombre un poco más alto que nosotros, pero que sabía sacudir como nadie, eso es todo.

—Pero...

—¡Callaros los dos! —chilló Alexander Jaffa—. ¡Estoy harto de escuchar vuestras lamentaciones, inútiles, perros cobardes!

Penbroke y Stillman miraron a su jefe. No dijeron nada, no expresaron nada... Simplemente, lo miraron. Luego, inclinaron la cabeza, y se sumieron en sombríos pensamientos. De un modo u otro, aquello podía significar el fin de sus respectivos prestigios

como hombres «duros» de protección: van a un sitio a zurrar a una muchacha, armados y llega un tipo que de dos mandobles les destroza la cara. El fin... El fin de sus «carreras» como profesionales de la protección y el apaleamiento.

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto Jaffa.

Sharky se armó de paciencia, mirando de nuevo su reloj.

—Las diez menos veinte.

—No entiendo qué quieren... ¡No entiendo qué es lo que quieren de mí, ya les he dicho que tengo el dinero, que estoy dispuesto a pagar...!

—Bueno —deslizó Sharky—. Precisamente el truco quizá esté en eso, Alex.

—¿En qué?

—Han comprobado con tanta claridad que estás dispuesto a todo con tal de recuperar a tu hija, que quizá estén... reconsiderando la cantidad del rescate.

—¿Quieres decir que van a pedirme más?

—Si yo fuese ellos, lo haría. No has podido demostrarles más claramente que para ti no hay nada en el mundo que valga tanto como tu hija... Sólo unos idiotas dejarían de aprovecharse de esa situación, de ese conocimiento. Y no me ha parecido que sean idiotas.

—Está bien... No me importa que pidan más. ¡Qué pidan lo que quieran, y se lo daremos...!

—Estás soñando —masculló Sharky—. Simplemente, estás en pleno sueño, Alex. ¿Más de tres millones de dólares? Piénsalo bien... ¿Crees que me ha sido fácil reunir esta cantidad? Estamos hablando de tres millones en efectivo. Fíjate bien: ¡En efectivo!

—¡Tengo mucho más de tres millones de dólares!

—En el aire, sí. —Sharky se sentó a su lado, y encendió un cigarrillo tan rubio y tan aromático que Jaffa arrugó la nariz—. Sólo en el aire. Si ahorauviésemos que pagar en efectivo una de las partidas de drogas que nos sirven bimensualmente Crichton, no podríamos hacerlo.

—¡Todavía nos queda...!

—No nos queda nada. Hubiese preferido no tener que decírtelo, pero creo que me estás contagiando tu nerviosismo. Cuando paguemos estos tres millones, estaremos prácticamente arruinados

en cuanto a dinero se refiere.

—Los negocios...

—¡Los negocios como los nuestros funcionan con dinero, repartiéndolo a manos llenas para luego recuperarlo con beneficios del quinientos por cien! —gritó Sharky—. ¡Si no repartimos dinero, no ganaremos nada!

—Pero...

—¡Cállate ya, maldita sea tu estampa!

Esley Sharky se puso en pie casi de un salto, y se acercó a una de las ventanas del salón, dejando tras él una estela de aromático humo. La mirada de Alexander Jaffa le siguió, mortecina, acuosa... Sí, acuosa. Algo inédito: Alexander Jaffa, el hombre que durante más de treinta años se había dedicado a actividades que habían ocasionado millones de lágrimas, sin importarle las vidas o las muertes de cientos de personas, tenía ahora lágrimas en los ojos por una sola persona: su hija...

En aquel momento apareció Wilbur en la puerta del salón. Su expresión era de asombro, de duda, de inquietud.

—Señor...

Todas las cabezas se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa? —gritó Jaffa.

—Señor, hay... hay una visita que...

Por detrás del mayordomo apareció la vista. Por un instante, el desconcierto cundió en los reunidos a la espera de acontecimientos. En seguida, Penbroke se puso en pie de un salto, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—¡La mujer enana! —exclamó.

La diminuta mujer de los infantiles bucles se colocó en el centro del salón, fija su mirada en Alexander Jaffa.

—Usted es el señor Jaffa —dijo.

—No mintió —jadeó Stillman—. ¡La señorita Potters no mintió, había una enana...!

—¿Quién es usted? —susurró Jaffa, no menos desconcertado que los demás.

—Me llamo Ophelia, señor Jaffa. Hasta hace poco he pertenecido al grupo que ha secuestrado a su hija.

Hubo un auténtico récord de silencio. Esley Sharky se acercó a Ophelia, y la asió rudamente por los bucles.

—¡Conque...!

—¡Dígale a este bastardo que me suelte, o jamás volverá a ver viva a su hija! —chilló la enanita.

—Engendro de todos los...

—Suéltala, Esley —dijo sosegadamente Jaffa—. Deja que ella hable: si ha venido aquí tendrá mejores motivos que los de hacerse matar por nosotros...

—¡Quiero quinientos mil dólares! —chilló Ophelia, desprendiéndose de un tirón de la mano de Sharky.

Éste la siguió, pero se contuvo al captar el gesto de Alexander.

—Quinientos mil dólares... Está bien, Ophelia: yo tengo esa cantidad. Tengo bastante más —señaló la maleta—: ahí hay tres millones de dólares. Puedo muy bien separar medio millón. Pero..., ¿a cambio de qué?

—De su hija... ¡De la vida de su hija!

—Entiendo... ¿Ha traicionado usted a sus amigos para beneficiarse particularmente, sin tener que repartir nada?

—¡Han sido ellos los que me han traicionado a mí! ¡Han querido matarme, como a los otros...! ¡Dijeron que sólo mataríamos a los que nos habían ayudado, pero cuando colocaron la carga explosiva en el club, yo estaba dentro! ¡Querían eliminarme a mí también!

—¿Quiénes son ellas?

—Dorothy Fekker y Hazel Shelman... ¡Usted las conoce!

Alexander Jaffa parpadeó.

—No —movió la cabeza—. No recuerdo a nadie de ese nombre, Ophelia.

—Ellas sí se acuerdan de usted muy bien... Llevan muchos años pensando en usted, en su momento de venganza...

—¿Qué les hice?

—Las vendió usted como... como esclavas, hace años, a un hombre que hacía trata de blancas en el Norte de África.

Alexander Jaffa dejó caer la cabeza sobre el flaco pecho, y estuvo así unos segundos, antes de pasarse la mano por la frente, suspirar, y volver a mirar a la enana.

—Ophelia: ¿dónde está mi hija? ¿Lo sabe?

—Sí... ¡Pero quiero medio millón de dólares!

—Lo que vas a tener... —Se adelantó Sharky hacia ella.

—Quédate ahí, Esley —ordenó Jaffa—. De acuerdo, Ophelia: yo

le entregaré medio millón de dólares, a cambio de la información que me permita recuperar a mi hija... ¿Ella está bien?

—Sí, ella sí.

Jaffa se mordió los labios.

—¿Y su marido...? Delbert Koster.

—Le cortaron las orejas, y luego lo mataron, y después lo colgaron del techo con un alambre, y lo apuñalaron todas.

Todos los reunidos en el salón de la casa de Alexander Jaffa palidecieron intensamente, incluido el frío y generalmente imperturbable Esley Sharky.

—¿Quiénes son todas? —preguntó Jaffa, con voz que parecía a punto de romperse.

—Todas las mujeres del Loving Club.

—El Club del Amor... ¿Qué clase de club es ése? ¿Dónde está?

—Ya no está. Colocaron una carga de explosivos, y lo hicieron saltar en pedazos... ¡Cuando creían que yo estaba dentro! ¡Quisieron matarme a mí también, lo comprendí! Y también quieren matar a su hija... ¿Cree que porqué pague se la devolverán viva? Le aseguro que no... Primero, se las arreglarán para que usted les entregue el dinero, y luego se la irán devolviendo.

—¿Me la irán... devolviendo?

—A pedacitos —aclaró Ophelia.

—Pero..., ¿por qué? ¿Qué les ha hecho mi hija?

—Su hija, nada: usted.

—Está bien... Podemos hablar luego de todo esto, Ophelia. Ahora, tiene que decirme dónde está mi hija, y qué personas la están vigilando... Le juro que si la recupero tendrá usted sus quinientos mil dólares. No... Le daré un millón. Un millón completo, Ophelia. Pero tiene que decirnos dónde está Agatha, y cuántos hombres cuidan de ella.

—¿Me dará un millón? —Se mostró incrédula la enana.

—Sí. Mis hombres irán a buscar a mi hija, y cuando regresen con ella, yo le entregaré a usted un millón de dólares, y se podrá marchar de aquí. ¡Lo juro por mi hija, Ophelia!

—Yo preferiría... marcharme en seguida con el dinero...

Esley Sharky soltó un bufido. La enana lo miró, vaciló, y acabó por asentir con su cabezota, resignada.

—Sí, comprendo... Bien, yo puedo esperar aquí... Quizá me

maten luego, pero quizá ustedes se porten conmigo mejor que Hazel y Dorothy. ¿Qué puedo perder? ¿La vida? Si ustedes no las matan a ellas, ellas me encontrarán y me matarán a mí, así que...

—Ophelia, queremos la dirección ahora. Sólo eso.

—Es un garaje que hace semanas está cerrado, en el 22 de la 4th East de Manhattan. No hay hombres, sólo Dorothy y Hazel.

Unos segundos de silencio, de miradas que parecían atravesar a la enanita. De pronto, Alexander Jaffa miró a Sharky. Ésta asintió, y señaló hacia la puerta.

—Penbroke, id a buscarla. Y si es necesario, matad a esas dos mujeres. Si podéis, traedlas con vida.

—Ve con ellos —dijo Jaffa.

—No... Nada de eso. Si sólo hay dos mujeres, Penbroke, Stillman, Colman y Barnes son suficientes para hacerlas pedazos o traerlas con vida... Yo quiero quedarme aquí, con nuestra «amiga» Ophelia. Id ahora mismo a esa dirección —miró a la enanita—. En cuanto a ti, si nos has querido tomar el pelo, será mejor que empieces a hacer un buen agujero en el suelo para desaparecer.

—No he mentido —dijo Ophelia, brillantes los ojos—. ¡Y ojalá que las traigan vivas, para poder decirles que he sido yo quien las ha traicionado! ¡Puercas cerdas...!

La puerta batió a espaldas de Penbroke, Colman, Barnes y Stillman. Ophelia dejó de mirar hacia allí, miró alrededor, con gesto curioso, aunque un tanto inquieto.

—Siéntese —invitó Jaffa—. Sírvele algo de beber, Wilbur.

—¿Puedo pedir champaña? —Relucieron los ojos de la enana.

Jaffa miró a Wilbur, y éste comprendió. Salió del salón rápidamente. Esley no apartaba su fría mirada de Ophelia, que de pronto se echó a reír, sobresaltando a los dos hombres.

—¿De qué te ríes? —Se mosqueó Sharky.

—De ellas... ¡De ellas, las malditas! ¡Después de todo lo que les he ayudado a conseguir sus propósitos...! Pero me las van a pagar, vaya si me las van a pagar... ¿Puedo coger ya mi dinero, señor Jaffa?

—Está bien —aceptó Alexander Jaffa.

La enanita corrió hacia la maleta, y se arrodilló delante, con lo que el cierre quedó a la altura de su barbilla. Lo estuvo tocando unos segundos, y luego miró al gran financiero.

—¿Cómo se abre?

—Ayúdala, Esley.

De evidente mala gana, Sharky se acercó a la maleta, y se inclinó hacia el cierre. No tuvo tiempo de nada. De nada.

El cuchillo apareció en la mano de la diminuta Ophelia, y la punta, agudísima, se hundió en la garganta de Sharky con blando sonido: ¡chock! Los ojos de Sharky parecieron a punto de saltar de las órbitas, y su boca se abrió, soltando un chorro de sangre... Al mismo tiempo, debido a la increíble fuerza de la puñalada, caía hacia atrás; por supuesto, muerto fulminantemente, pero todavía emitiendo un extraño sonido que brotaba a la vez de su boca y del orificio de su garganta.

Alexander Jaffa respingó, y fue tal el sobresalto que hasta consiguió ponerse en pie delante de su silla de ruedas... Un instante después, Ophelia llegaba ante él, y lo volvía a sentar con un puñetazo. Jaffa quedó encogido, abierta la boca, pero al parecer sin respirar.

El cuchillo goteante apareció ante sus ojos velados por las lágrimas de dolor.

—¿Quieres que te corte las orejas a ti también? —rió la enana—. ¿Eso es lo que quieres, Jaffa? ¿No? Pues estate quieto y callado, o no será sólo las orejas lo que te cortaré. Espero que lo hayas entendido.

—Mi hija —jadeó Jaffa—. ¡Mi hija!

Ophelia emitió una risita. Regresó junto al cadáver de Esley Sharky, y le quitó la pistola con silenciador. En sus manos parecía poco menos que un cañón.

—Qué tonto eres —rió Ophelia—. ¿De verdad has creído mis palabras? ¡Tus hombres no van a encontrar nada en Manhattan! Nada de lo que buscan, claro... Estarán por allí dando vueltas, como tontos... Y cuando regresen aquí... ¡tampoco encontrarán nada!

Se sentó en la maleta que contenía el dinero, y se quedó mirando malignamente a Jaffa, que se sentía incapaz de hablar. El dolor iba cediendo, pero la lengua le parecía ahora un gran pedazo de goma blanda y áspera que se pegaba a su paladar.

Ni siquiera fue capaz de articular el menor sonido de aviso cuando la puerta del salón se abrió, y apareció Wilbur, llevando por delante un carrito en el que se veía un cubo con una botella de

champaña. La actitud del mayordomo era tranquila; quizá una pizca tensa, pero nada más. Sin embargo, cuando de pronto vio el cadáver de Sharky con el cuello lleno de sangre, se irguió vivamente, abrió mucho los ojos, miró a Jaffa, después a Ophelia...

Y vio la pistola en aquellas pequeñas manos.

Plop, plop, plop...

Wilbur sí tuvo tiempo de gritar, y lo hizo a cada balazo que recibía, mientras se estremecía fuertemente, alzaba los brazos como buscando algún asidero, giraba, volvía a mirar con expresión desorbitada a la enanita... Finalmente, con la boca desencajada, se vino de bruces al suelo. Fin.

—¡Jiiiiii-ji-ji...! —reía agudamente Ophelia—. ¡Ji-ji-ji-jiiiiiii...!

Se acercó al carrito, cogió la botella de champaña, y volvió a reír. Luego, miró a Jaffa, y señaló la maleta.

—Tendrás que trabajar un poco —siguió riendo—. Carga esa maleta en tus rodillas y salgamos de aquí. Y tienes que hacerlo ahora mismo, sin perder tiempo. ¡Vamos, haz funcionar ese cacharro!

Jaffa accionó los mandos de la silla de ruedas. El pequeño motor eléctrico comenzó a funcionar, con su suave zumbido, desplazándose hacia donde estaba la maleta... Jaffa pasó junto al cadáver de Sharky sin mirarlo, desviando deliberadamente la mirada. Se las arregló para colocar la maleta sobre sus rodillas, y miró a la enana, que señaló hacia la puerta.

Ruuuuuuuuuuuu..., se oía el zumbido del motorcito... Jaffa salió del salón. Detrás de él, Ophelia, llevando en una mano la pistola y en la otra la botella de champaña. Se adelantó a Jaffa para abrir la puerta, salieron los dos, y fueron hacia las verjas, ahora subida Ophelia en el travesaño de atrás de la silla de ruedas, que funcionaba a las mil maravillas.

—Para aquí —ordenó Ophelia cuando estaban a cinco o seis metros de las verjas.

Saltó del travesaño y fue hacia las verjas. Las abrió, pero siempre vuelta la cabeza hacia Alexander Jaffa, que parecía sumido en trance, como si ya nada pudiese afectarle en modo alguno. No había expresión en su rostro, ni en sus ojos... Su boca parecía definitivamente blanda, grande, enorme como la de un batracio.

Ni siquiera reaccionó cuando apareció la furgoneta que entró en

la quinta, marcha atrás, hasta detenerse delante mismo de él. Ophelia se encaramó de un sorprendente salto hasta la manilla del cierre, la bajó, y las dos puertas de la furgoneta quedaron abiertas.

—Tienes que entrar ahí —señaló con la pistola—. Y pronto, así que arréglatelas como puedas. Sé muy bien que puedes permanecer en pie unos cuantos minutos: aprovéchalos.

—¿Puedo llevarme mi silla de ruedas? —murmuró Jaffa.

—No la vas a necesitar, pero allá tú si quieres molestarte.

Alexander Jaffa no dijo nada más. Maniobró de modo que la silla quedó lo más cerca posible del acceso a la caja de la camioneta, y entonces se puso en pie, vacilante. Giró como pudo la cintura, desplazó un poco la silla, y la asió por uno de los brazos. La alzó un poco, consiguió asir el otro brazo, y con un impulso la subió hasta el piso de la caja de la furgoneta... Le resultó más difícil subir él mismo de lo que había resultado colocar la silla en la furgoneta. Tuvo que echarse de bruces, clavar las manos como pudo en el piso, tirar flexionando los brazos, arrastrarse. Cuando terminó, tenía la frente perlada de finas gotitas de sudor.

Vio a Ophelia subir a la caja, y la estuvo viendo mientras quedó el más pequeño resquicio entre las puertas. Cuando el cierre de las puertas se unió con seco chasquido, la oscuridad fue total... Pero sólo durante un par de segundos, porque en seguida se encendieron dos pequeñas luces, una a cada lado de la caja del camión... Alexander Jaffa vio entonces, delante de él, a la señorita Potters. Estaba atada de pies y manos, y amordazada, y le miraba con ojos desorbitados... Ophelia pasó entre ambos, y dio unos golpecitos en la pequeña compuerta, que se abrió en seguida.

—¿Podemos marcharnos, Ophelia? —Llegó una voz femenina.

—Sí —rió la enanita—. ¿Queréis champaña?

—Luego —se oyó la risa femenina—. ¡Luego lo celebraremos todo adecuadamente!

La compuerta se cerró. Alexander Jaffa miraba fijamente aquel pequeño pedazo de madera desplazable. No. No conocía aquella voz, estaba seguro de ello... Jamás la había oído antes. Jamás. Jamás...

La furgoneta se puso en marcha. Jaffa volvió a mirar a la señorita Potters, e hizo una mueca como de disculpa.

—Todo esto no le pasaría si no se hubiese acercado a mí,

señorita Potters —dijo.

—¡Mmmm...! ¡M

MM-M-M-MMMM...!

—Intentó hablar Loretta.

—No sé lo que dice... Ni me importa. En realidad, ya nada importa nada, señorita Potters... Lo siento por usted: en el fondo me era simpática, tan bonita, tan joven, tan inteligente... Como mi hija... Sí, como mi pequeña Agatha... Pero —tragó saliva— ya sé que no hay nada que hacer: vamos a morir.

CAPÍTULO VII

La furgoneta se detuvo, por fin.

El viaje, en realidad, no había sido muy largo, pero para los dos prisioneros eso ya no tenía importancia ninguna. Durante la mayor parte del tiempo habían viajado a oscuras, pues Ophelia había apagado la luz de la caja. Cuando el vehículo se detuvo, la volvió a encender, y descorrió la compuerta de separación con la cabina.

—¿Hemos llegado hasta dentro? —preguntó.

—Claro. Hazlos bajar.

Ophelia abrió la doble puerta de atrás. Los prisioneros vieron el mortecino resplandor amarillento, y notaron un golpe de aire.

—Abajo —dijo Ophelia—. Tú ya sé que puedes arreglártelas, Jaffa, así que ayudaré a esta niña bonita...

Su ayuda consistió en comenzar a puntapiés con Loretta Potters, haciéndola rodar hacia el borde, hasta que la muchacha cayó al suelo, con blando sonido. Y ni siquiera tuvo el consuelo de poder lanzar un grito de dolor.

Jaffa se arrastró hacia el borde..., y entonces, de pie ante él, mirándole fríamente, vio a las dos mujeres.

No. No las conocía, estaba seguro de ello. Pero, al parecer, ellas sí le conocían a él... Porque la lucecita de odio que iba apareciendo en sus ojos no podía destinarse a un desconocido.

—¿Dónde está mi hija? —susurró Jaffa.

Las dos mujeres apretaron los labios en una extraña sonrisa. Eso fue todo. Luego, miraron a Ophelia, que les tendía la maleta con el dinero. Una de ellas la tomó, y se alejó unos pasos, depositó la maleta en el suelo, y volvió a mirar a Jaffa, que no dejaba de mirarlas con obsesiva fijeza, intentando recordar... Veía aquellos rostros más bien atractivos a pesar de la frialdad de su gesto, las

buenas ropas, el lustre de la piel todavía tersa... Claro que eran bastante más jóvenes que él, pues debían tener quizá menos de cuarenta años... La enana había dicho que se llamaban Dorothy Fekker y Hazel Shelman, pero tampoco estos nombres le decían nada. Claro que los nombres pueden ser cambiados con gran facilidad, pero... un rostro no cambia tan fácilmente, ni unos ojos, ni el gesto de la boca o la forma de la barbilla... No. No las conocía. Jamás, jamás, jamás, jamás las había visto antes.

Mientras las tres mujeres abrían la maleta y contemplaban el dinero lanzando exclamaciones, Alexander Jaffa realizó toda su proeza, considerando sus menguadas facultades físicas: primero, echó la silla de ruedas abajo, sujetándola de modo que quedó derecha, y luego se descolgó agarrándose como pudo al borde de la caja, para, finalmente, quedar sentado en su silla. Miró a Loretta Potters, tendida en el suelo en lastimoso aspecto, pero encogió los hombros y miró alrededor.

Estaban, al parecer, en una casa en construcción. Sí, era un chalet en construcción. Solamente estaban las cuatro paredes, con los huecos de las ventanas, por los que circulaba un aire fresco, casi frío. Del techo pendía una bombilla por medio de un sucio cordón que, por supuesto, era una instalación provisional para que los obreros pudiesen terminar alguna pequeña parte del trabajo si les sorprendía la noche...

Y de pronto, Alexander Jaffa se dio cuenta de que estaba oyendo el mar. Sí... Estaban cerca de una playa. Seguramente no se habían movido de Staten Island, quizá incluso estaban muy cerca de su casa, de su quinta. Pero..., ¿qué importaba eso?

—¿Dónde está mi hija? —insistió.

Las tres mujeres se quedaron mirándolo vivamente, como sorprendidas...

—¿Quién? —preguntó Dorothy.

Alexander Jaffa palideció aún más, si era posible.

—Mi hija... ¡Mi hija!

Se acercaron a él, la enana dando saltos de alegría. Unos saltos asombrosos, con los que quedó en primera fila del gran espectáculo: un hombre viejo y enfermo, vencido..., y al mismo tiempo, sin duda, uno de los más grandes canallas del país durante treinta años.

—¿Tu hija? —rió la enana—. ¡Se fue con mi circo! Lo va a pasar

muy bien... ¿Verdad que a ella le ha gustado siempre el circo? Sí, seguramente, de niña fue al circo, y se rió mucho con los enanitos que hacían cosas graciosas, como yo. Mira, mira... ¡Mira lo que sé hacer!

Comenzó de nuevo a dar saltos adelante y atrás, como si fuese de goma con un poderoso muelle dentro...

—Ya basta, Ophelia —dijo Dorothy—: el señor Jaffa ha preguntado por su hija.

—Si —dijo Hazel—: el señor Jaffa ha preguntado por su hija.

—Es verdad —pareció comprender por fin la enana—: el señor Jaffa ha preguntado por su hija... ¿Dónde está la hija del señor Jaffa?

Y las tres comenzaron a canturrear:

—¿Dónde está la hija del señor Jaffa? ¿Dónde, dónde, dónde está la-hija-del-señor-Jaffa? ¿Dónde, dónde, dónde...?

—¡Les he dado el dinero! —chilló Alexander—. ¡Ahora quiero que me devuelvan mi hija!

—El señor Jaffa quiere que le devolvamos su hija —cantó el trío—. ¡El señor-Jaffa-quiere-que-le-devolvamos su hija...!

—Malditas... ¡Malditas seáis! —aulló Jaffa.

El trío dejó de cantar. Se quedaron mirándolo de nuevo... hasta que de pronto, Dorothy asió a Jaffa por las ropas, y dio tal tirón que lo derribó de la silla, de bruces ante ella.

—¿Quieres saber dónde está tu hija? —gritó—. ¡Pues ponte de rodillas y pídelo! ¡Ponte de rodillas y pregunta dónde está tu hija! ¡De RODILLAAAASSSS...!

Alexander Jaffa se puso de rodillas. Las lágrimas se deslizaban por su arrugado rostro de mico con cruce de batracio. En aquel momento, el gran financiero era la personificación de la derrota, de la humillación más abyecta.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó humildemente.

—Está de rodillas —exclamó jubilosamente Ophelia—. ¡El señor Jaffa está de rodillas! ¡Qué bonito!

—¡Qué-bo-ni-to! —comenzaron a cantar las tres a la vez—. ¡El señor Jaffa está de rodillas! ¡Qué-bo-ni-to...!

Tendida en el suelo, atada de pies y manos y amordazada, Loretta Potters asistía con ojos desorbitados a la increíble escena, en la que dos mujeres y media saltaban alrededor de un viejo enfermo

cantando «¡qué-bo-ni-to, qué-bo-ni-to!». Sin duda alguna la más horrenda era la enana, con sus bucles infantiles agitándose a cada salto. Cuando la veía de espaldas, pensaba en una niña, en efecto; pero cuando la veía de frente, con aquel rostro adulto y la sombra del vello en el labio superior, se estremecía...

—¿Le decimos al señor Jaffa dónde está su hija? —dejó de cantar de pronto Dorothy.

—¿Se lo decimos? —Pareció un eco Hazel.

—¿O no se lo decimos? —rechazó Ophelia.

—¿Se lo decimos?

—¿O no se lo decimos?

—¡Se lo decimos! —decidió Dorothy—. Ven, ven... Ven, Alexander Jaffa: vamos a enseñarte dónde está tu hija. Sí, arrástrate eso es... Hacia aquí... Hacia la pared. ¿Ves esta pared? Arrástrate, Jaffa, y verás a tu hija... ¿O no podrás verla? ¿Dónde está la hija del señor Jaffa?

—¿Dónde, dónde, dónde? —insistió Hazel.

—¡La hija del señor Jaffa está debajo de la pared! —comenzó a saltar de nuevo Ophelia.

—¡Oh! —exclamaron Dorothy y Hazel—. ¡No es posible!

—¡Sí, sí, sí!

—Entonces... ¡La hija del señor Jaffa está de-ba-jo de la pa-red,
de-ba-jo de la pa-red,
de-ba-jo de la pa-red...!

—No —gritó Jaffa—. ¡No, no, no!

—¿Por qué no? —Se plantó Dorothy ante él—. Esta casa la hemos mandado construir nosotras. Será un bonito chalet, cerca del mar, donde viviremos el resto de nuestros días con tus tres millones de dólares, Alexander Jaffa... ¿No te parece justo?

—Mi hija, mi hija...

—¡Vamos a hablar ahora de nosotras, no de tu hija! —Hazel se acercó y propinó un puntapié en el costado de Jaffa—. ¿Alguna vez te preguntaste dónde estábamos nosotras?

—No las conozco, no sé quiénes son... ¡No las conozco, ustedes están locas!

—Ah... ¿Ahora somos locas? —saltó Dorothy.

—No las conozco... No las he visto nunca, no sé qué quieren, ni por qué hacen esto... ¡Pero les he dado el dinero! ¡Devuélvanme ahora a mi hija!

—¡Vamos a hablar ahora de nosotras, no de tu hija! —aulló Hazel Shelman—. ¡De nosotras, que también somos seres humanos! ¡O no somos seres humanos!, ¿señor Jaffa?

—Sí —jadeó él—. Sí, sí, sí, lo son... ¡Lo son!

—Entonces —intervino de nuevo Dorothy—, ¿por qué nos trataste como a bestias? ¡Y no vuelvas a decir que no nos conoces, porque es cierto, no nos conoces, no nos habías visto jamás! Pero aun así, nos vendiste como si fuésemos bestias. No sólo a nosotras, sino a otras muchas... No lo hiciste directamente, oh, no, desde luego... Lo hizo tu organización, hace más de diez años. Para ti, Dorothy Fekker y Hazel Shelman eran sólo unos números, unos nombres más en tu lista de venta de blancas en el Norte de África... Para ti, nosotras éramos solamente unas cifras que aumentaban tus ingresos, tu fortuna, tus riquezas... ¿No es cierto, Jaffa? ¿No es cierto?

—Sí... Sí, sí... ¡Pero eso ya pasó, ahora no...!

—¿Ya pasó? —gritó Hazel—. ¡Pasó para nosotras, no para ti! ¡Fuimos nosotras, no tú, las que estuvimos pasando de mano en mano por todo el Norte de África, por lugares que jamás olvidaremos, por situaciones en las que habríamos preferido morir mil veces...! Pero no morimos, Jaffa, no morimos... Tuvimos que soportarlo todo, tuvimos que seguir viviendo, porque nuestros... «amos» así lo deseaban. Para ti no éramos nada, no somos nada... Pero nosotras éramos *personas* a las que la organización que tú creaste nos convirtieron en bestias... ¿Vas a quejarte ahora de que tengas ante ti unas bestias?

—Yo... yo no... no... ¡Perdón! ¡Perdón, pero quiero...!

—¿A tu hija? Sí, ya sabemos eso... Pero espera un poco todavía, Jaffa. Antes quiero decirte algo más sobre nosotras... No, no voy a entrar en más detalles sobre lo que tuvimos que... vivir por ahí... Hazel y yo queremos olvidarlo. Te diremos lo que hicimos cuando por fin pudimos escapar. No fue fácil, no... ¿Te imaginas a dos mujeres escapando, siempre escondiéndose, robando para sobrevivir, soportando todo lo que se podía soportar? ¡Qué gran día

para nosotros cuando llegamos a Estambul, es un pesquero turco...! ¿Quieres saber cómo pagamos nuestro pasaje a los pescadores turcos de aquel barco? ¿Quieres que te lo expliquemos... detalladamente?

—No... ¡No, no, no!

—Claro... ¿Para qué escuchar lo que muy bien debes comprender por ti mismo? Pero sí... Estambul. Y de allí, utilizando medios parecidos, recorrimos toda Europa, hasta París. Allí, las cosas fueron... menos desagradables. Y un año después de estar en París reunimos el dinero suficiente para volver... a casa. Te buscamos. No era difícil saber dónde encontrar al gran Alexander Jaffa. Y cuando te encontramos, comenzamos a poner en marcha nuestro plan de venganza. Teníamos algo de dinero... Alquilamos una casa, en las afueras de la ciudad donde tú vivías como un rey. La convertimos en el Loving Club... ¿Los socios? Mujeres que habían pasado tan malos ratos como nosotras mismas... Pero no... ¡Claro que no, eso era imposible! De todos modos, eran mujeres que tenían muchos motivos para odiar a los hombres... Sin embargo, necesitábamos dinero, y lo fuimos ganando... ¿Sabes cómo?

—No... no...

—Matando a hombres que tenían dinero... ¡Ah, qué felices se las prometían cuando eran invitados al Loving Club...! Llegaban allí sonrientes, felicísimos... ¡Qué encantadoras eran aquellas señoritas de compañía, aquellas damas del Loving Club...! Hasta que los mataban, claro... Entonces, ya no eran encantadoras. Y vas a sorprenderte, Jaffa: ha sido un club de verdadero éxito, con un número importantísimo de... afiliadas. Cuando una de ellas estaba harta de vosotros, se tomaba unos días de descanso, de... vacaciones en el club. Allí siempre había un hombre con dinero para matar... Forasteros siempre, pues sabíamos hacer las cosas. Y así, mientras nuestras socias se divertían, nosotras íbamos reuniendo dinero, hasta que, por fin, tuvimos el suficiente para atacarte, para prepararlo todo. Y ahora... ahora hemos llegado al final, al gran momento de nuestra venganza. ¿Quieres saber cuál es nuestra venganza?

—Matadme —jadeó Jaffa—. ¡No me importa! Pero mi hija...

—Eres tonto, Jaffa... ¡Eres tonto! ¿No comprendes que nuestra venganza ha estado basada en todo momento precisamente en tu

hija?

—¡La habéis matado! —chilló Jaffa, intentando ponerse en pie—. ¡La habéis matado, malditas...!

—Oh, no —dijo suavemente Hazel—. No la hemos matado, de verdad, Jaffa. Está viva.

—¿Dónde? ¿Dónde, dónde, DONDEEEE...?

—En un pesquero.

—¿En un... un...?

—Un pesquero que nosotras conocíamos, y cuyo paso cerca de aquí estábamos esperando, precisamente.

—¿Qué... qué pesquero, qué pesquero...?

—Un pesquero lleno de hombres rudos, de tierras lejanas, que llevan mucho tiempo fuera de sus casas, alejados de sus familias..., de sus esposas. Pero no la vendimos, como hiciste tú con nosotras... Simplemente, la regalamos.

—No... ¡NOOOOO!

—Sí. A tu hija le esperan todavía siete semanas de navegación. Luego, antes de que ese pesquero llegue a su destino, será arrojada al mar. ¿Comprendes ahora nuestra venganza, Jaffa? A tu yerno lo matamos en seguida. ¿Para qué lo queríamos? Pero a tu hija le teníamos reservadas unas semanas de vida que, lamentablemente, sólo serán una ínfima parte de lo que pasamos nosotras. ¿No te parece justo, Jaffa? Y ahora, no creas que vamos a matarte... Oh, no. ¿Verdad, querida?

—Claro que no —rió Hazel—. Lo tendremos vivo, como invitado, para que vaya pensando en las cosas que deben estar pasando por esos mundos. Durante tres semanas, puedes ir pensando en esas cosas, Jaffa. Luego, te mataremos. Luego, al finalizar el plazo de...

—No se muevan —intervino una nueva voz en la asamblea.

Hubo respingos de sorpresa, giros de cabeza... Luego, inmovilidad absoluta por parte de todos, excepto del gigante que aparecía en la zona de luz, empuñando una pistola. Un gigante con el traje hecho trizas y lleno de manchitas de sangre...

—No murió —musitó Ophelia—. ¡Es el gigante, está vivo!

La pistola que empuñaba firmísimamente Jake Faynman se movió hacia la enana.

—Y menos que nadie, usted —susurró—. Quieta donde está, sin

mover ni siquiera un bucle. ¿Lo entiende?

Ophelia no contestó. Jake asintió con un gesto, y desvió la mirada hacia Dorothy.

—¿Cuál es el nombre de ese pesquero? —preguntó.

—¿Qué pesquero? —sonrió Dorothy.

—Hace un buen rato que les estoy escuchando, esperando precisamente oír el nombre de ese barco, pero finalmente he comprendido que si esperaba demasiado, podían ocurrir aquí cosas que no quiero que ocurran. Así que manténganse quietas y sólo dígame el nombre de ese pesquero.

—¿Qué pesquero? —sonrió ahora Hazel.

—¿No quieren decirlo?

—No lo diremos *jamás*.

—¡Tienen que decirlo! —aulló Jaffa—. ¡Tienen que decirlo, malditas, tienen que decírselo...!

—Usted cálese, señor Jaffa —ordenó Jake Faynman—. Ya tendrá ocasión de hablar, y mucho, más adelante.

—¿Quién es usted?

—Jake Faynman, agente especial del FBI. Y le auguro a usted un negro porvenir cuando estas mujeres declaren todo lo que saben sobre sus actividades. Casi le habíamos dejado por imposible, señor Jaffa... Pero, de pronto, apareció la señorita Potters en su vida. ¿Quién es esa chica?, nos preguntamos. Y la investigamos. Los informes no pudieron ser mejores: familia honesta, universitaria, vida diáfana y muy honesta, empleada en la *Review*...

Women's

Pero ¿realmente estaba haciendo una serie de reportajes sobre Alexander Jaffa, o... era una granujita que estaba trabajando para usted? Así que me enviaron a hacer contacto con ella, para estudiarla a fondo, y, quizá, sirviéndome de ella si era una granujita, conseguir algo contra usted... Pero no; la señorita Potters, pobrecilla, no es una granujita. Es sólo una ilusa que quería triunfar allí donde el FBI no había conseguido nada. ¿He dicho ilusa...? Pues bien, no tanto, porque gracias a ella, que nos puso de nuevo en movimiento hacia usted, hemos llegado hasta esta situación... ¡Quieta! —desplazó velozmente la pistola hacia Ophelia.

—Pero si no me he movido —sonrió la enana.

—Usted tendría que estar muerto —dijo Dorothy.

—Pues quizá sea un fantasma —sonrió secamente Faynman—. Un fantasma con pistola y que está esperando ayuda de un momento a otro.

—Está mintiendo —rió Dorothy.

—¿Por qué habría de hacerlo? Esta tarde, cuando la enana entregó el paquete a la señorita Potters, yo la vi. Ajajá, pensé, ¡ya tenemos algo interesante! Y seguí a la enana...

—Me llamo Ophelia —refunfuñó ésta.

—Oh, perdón, pequeña Ophelia... Pues bien, la seguí, y así llegué hasta el Loving Club. Avisé a mi jefe, y regresé al apartamento... No al mío: quería entrar en el de la señorita Potters, aprovechando su ausencia, para echar un vistazo. Pero lo que tuve que hacer allí fue... alejar a dos matones, que, junto con otros dos, serán muy pronto detenidos, cuando regresen de Manhattan con las manos vacías. En cuanto a la señorita Potters, la llevé al Loving Club a ver qué reacción tenía... Pareció que ninguna. Entonces... ¿no sabía nada del Loving Club? ¿No conocía a la... pequeña Ophelia? Me concedí unos minutos para reflexionar, mientras le di oportunidad a ella de intentar algo permitiendo que hablase con las dirigentes del club solicitando la admisión de mi hermana..., que no existe, por cierto. Por fin me impacienté: si hubiesen querido hacer algo contra mí, ya lo habrían hecho. Entonces..., ¿por qué no regresaba la señorita Potters? Así que entré en el Loving Club...

—... Donde le estaban esperando —rió Hazel, como una loca.

—Sí... Fue un gran recibimiento.

—Y mientras tanto, nosotras colocábamos las cargas explosivas, pues ya le teníamos donde queríamos. Fue una hermosa explosión. ¿Verdad, Ophelia?

—¡Oh, sí! —exclamó la enana—. ¡Fue maravillosa! ¡Pero este hombre debe ser muy fuerte, ya que no murió...!

—Estaba ya fuera del edificio —la miró con curiosidad el agente del FBI Jake Faynman—. Pero la explosión me metió dentro del coche con tal fuerza que perdí el conocimiento al chocar contra la portezuela del otro lado. Creo que no estuve desvanecido ni siquiera dos minutos, pues cuando me recobré, aún no había llegado nadie allí. Llamé a mi jefe...

—¿Cómo lo llamó?

Faynman metió la mano izquierda en el bolsillo, y sacó lo que

parecía una pitillera metálica.

—Esto es una radio de bolsillo. Por ella, le pregunté a mi jefe por qué demonios no habían llegado todavía al Loving Club a investigar en cuanto les dije que una enana que había hecho contacto con la señorita Potters había venido aquí; me dijo que yo había ido más de prisa que ellos, y que eso era todo. Me dijeron que llegarían muy pronto... ¿Y qué hice yo mientras tanto?: pues, puse en marcha el aparatito de escucha de la señorita Potters, en el reservado de un bar que encontré apenas entrar en la ciudad. Y fui afortunado, porque lo oí todo, y fui hacia la casa del señor Jaffa, luego las he seguido, he llamado a mi jefe, les he dicho dónde estamos ahora..., y me he dedicado a escuchar. Yo creo que no se puede explicar mejor... ¿Verdad, pequeña Ophelia?

—¿Y qué piensa hacer ahora? —se interesó Dorothy.

—Ya le he dicho que estoy esperando a mi jefe, simplemente. Llegará con algunos compañeros.

—Eso es mentira —insistió Dorothy en su incredulidad.

Jake Faynman encogió los hombros, y apretó con el pulgar en lo que parecía una pitillera. Inmediatamente, de ésta brotó una voz de tonalidades metálicas, perfectamente audible en el silencioso lugar:

—¡Sí, dime!

—¿Cómo va eso, señor? ¿Tardarán mucho todavía?

—¡Estamos buscando ese maldito lugar! Si nos hubieses dicho una dirección exacta ya estaríamos ahí... ¡Y ni siquiera vemos tu coche!

—Lo dejé bien escondido, señor. Sigán buscando... Estamos cerca de la playa... ¡EEEEEEEEhhhhh...!

—¡Jake! —gritó la voz metalizada—. ¡Jake, ¿qué ocurre?!

La «pitillera» había caído al suelo, pues lo que ocurría era que Ophelia, la pequeña Ophelia, había saltado con su increíble agilidad hacia Jake Faynman, enarbolando su cuchillo, aparecido como por arte de magia en su diminuta mano... Diminuta, pero no por ello débil: Faynman vio volando hacia él lo que parecía un gato furioso, y el instinto de protección le hizo apretar el gatillo.

Ophelia lanzó un alarido que parecía un maullido auténtico, pero cayó sobre él con uñas y dientes, lanzando una cuchillada que pasó por encima de la cabeza de Faynman y fue a dar en su espalda... Era como tener, realmente, un gato encima. Faynman se

la quitó de un manotazo fortísimo, y Ophelia fue a caer de cabeza al suelo desde sus hombros...

Demasiada altura para ella.

Faynman, que se había apresurado a retroceder, se quedó mirándola, con expresión desorbitada, sin notar todavía el calor de la sangre brotando de su espalda, pero tambaleándose...

—Ophelia —gimió Dorothy—. ¡Ophelia!

Hazel Shelman también lanzó un grito desgarrador, y como Dorothy, se abalanzó hacia la enana, que permanecía inmóvil, con los ojos abiertos, el corto y robusto cuello extrañamente ladeado...

—¡Quietas! —aulló Faynman—. ¡No se acerquen a ella, atrás!

—Está muerta... ¡Está muerta! —gimoteó Hazel—. ¡Dorothy, Ophelia está muerta...!

—Apártense de ella —insistió Jake—. No se atrevan a tocar ese cuchillo. Quédense ahí, esperando a mi jefe... Y mientras tanto, díganme el nombre de ese pesquero.

—No lo diremos aunque nos hagan pedazos... ¡Le juro que nunca, nunca, NUNCA LO DIREMOS! ¡NUNCAAAA...! ¡Es nuestra venganza, y nadie podrá privarnos de ella! ¡NADIE!

—Ya lo veremos... Ayuden al señor Jaffa a sentarse en su silla: es horrible verlo tirado en el suelo... ¡Ayúdenle! Y mucho cuidado con lo que hacen.

—Oh, pero si no queremos matarlo... Por el contrario, queremos que viva, para que tenga tiempo de preguntarse dónde está su linda hija... ¿Verdad, Hazel, querida?

—Sí, Dorothy, querida.

Se acercaron a Jaffa, lo tomaron por los sobacos, y lo arrastraron hasta la silla de ruedas, sentándolo. Las palabras de Alexander Jaffa fueron en verdad extrañas. Muy serenas, reposada la voz, como si de pronto nada le importase nada...

—Siempre he estado preparado para que no me atrapasen con vida, ni la ley ni nadie. Nadie podrá conseguirlo, ni nadie gozará de mi dolor, ni nadie disfrutará de venganza alguna... ¡Sólo yo, en definitiva!

Movió su mano derecha, colocándola sobre la caja de mandos a pilas de la silla de ruedas... Fue un movimiento natural, en el que el tiempo invertido ni siquiera llegó a un segundo... Y en sólo ese tiempo, Jake Faynman pudo comprender las palabras de Alexander

Jaffa, y reaccionar: saltó hacia donde estaba todavía tendida en el suelo Loretta Potters, y cayó de bruces sobre la muchacha, cubriéndola con su cuerpo...

En ese mismo instante, Alexander Jaffa accionaba el mando secreto de su silla de ruedas...

A unas quinientas yardas de allí, dos coches frenaron en seco en el camino de tierra al ver aparecer la roja llamarada, a la que, un segundo después, siguió la explosión.

—¡Allí, señor! —señaló el agente del FBI Tom Randall.

ESTE ES EL FINAL

—Lo que no comprendo —masculló el inspector Galloway— es cómo tú quedaste con vida. Es perfectamente explicable que se salvase la señorita Potters, puesto que te encontramos encima de ella, protegiéndola. También es explicable que aquellas dos chifladas y Alexander Jaffa quedasen hechos picadillo... ¡Pero no encuentro explicación a que tú te salvaras, Jake!

—Supongo que fue debido a que estaba tendido, señor.

—Sí, claro... Quizá. Demonios, de todas maneras tienes una piel bien dura, muchacho. Estabas lleno de agujeros... Por cierto: ¿qué tal estás?

—Oh, muy bien, señor, gracias... Esto... ¿Saben algo del pesquero?

—No —susurró el inspector del FBI—. Nada.

—Lo siento por la hija de Jaffa... ¿Por qué los hijos han de pagar las culpas de los padres?

—Bueno, ella tampoco era un angelito, ya lo sabes, Jake... De todos modos, es un destino horrible..., que no podemos evitar. Ese pesquero está ya en alta mar hace días. Seguramente, ya lo estaba cuando pudiste hablar y decírnoslo... No podemos hacer nada. Bien... ¿Necesitas algo?

Jake Faynman movió negativamente la cabeza. Estaba en su apartamento..., en el suyo de verdad, no el que había alquilado días antes en los Moravian para hacer contacto con Loretta Potters... En pijama, ya repuesto de las heridas, fresco y recién bañado, oliendo a aquella sorprendente loción que sugería músculos y masculinidad...

—No, señor. Gracias. ¿Qué... qué sabemos de la señorita Potters?

—Ah, sí... Llamó ayer a la delegación, interesándose por ti. Se

puso muy contenta cuando le dije que ya estabas prácticamente bien. Es una muchacha muy inteligente, Jake. Y se ha hecho famosa contando en su revista sus aventuras acerca de Alexander Jaffa en... complicidad con un agente del FBI.

Jake Faynman frunció el ceño.

—¿Tiene ella derecho a hacer eso, señor? —Gruñó.

—No seas desagradecido —sonrió Galloway—. Además, no menciona tu nombre, desde luego.

—Seguramente —murmuró Faynman— ni siquiera lo recuerda. A fin de cuentas, no soy más que un bicho muy grande y muy feo.

—No digas tonterías —murmuró Galloway; se puso en pie—. Bueno, tengo que marcharme. Sally y los chicos me esperan a cenar esta noche..., si no ocurre nada nuevo.

—Es usted un tío de suerte, señor.

—Sí... Sí, es cierto. Adiós, Jake.

—Adiós, señor...

Jake Faynman, agente especial del FBI, quedó solo. Antes de que se cerrase la puerta de su apartamento, le pareció oír cuchichear algo a su jefe, pero la puerta se cerró en seguida, y eso fue todo. Continuó sentado en el sofá, pensando que ya estaba bien la comedia de hacer el enfermito convaleciente. ¿Para qué esperar más? Ella no iba a ir a verlo, y realmente, él estaba en perfectas condiciones para entrar en acción...

—¡Tururúuuuuutttt...! —Oyó en la puerta del vestíbulo—. ¡Viva la juerga!

Por supuesto con un gran respingo y sobresalto, Jake Faynman miró hacia allí... Palideció, se mordió los labios, notó algo así como un mazazo en la cabeza. Naturalmente, no soñaba: allí estaba la señorita Potters, con un precioso vestido de noche, bellísima como un millón de estrellas juntas... En la cabeza llevaba un gorrito de papel de periódico, torpemente hecho. En la mano derecha, tenía una trompeta hecha con una página en blanco. En la izquierda, una bolsa de la que, salvo que él estuviera viendo visiones, sobresalía una botella de champaña...

Jake Faynman tragó saliva, y musitó:

—Se... se equivoca usted, señorita Potters... Aquí no hay ninguna fiesta, ni... ni juerga...

Loretta Potters fue hacia él, se sentó en sus rodillas y le besó en

los labios, largamente, largamente... Luego, cuando Jake Faynman estaba tomando aire y ya no se acordaba de sus últimas palabras, ella susurró, con voz dulcísima:

—La habrá, Salchichero... ¡Vaya si habrá aquí fiesta y juerga...!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...